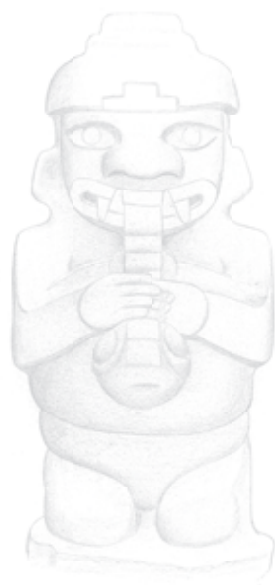


ARQUEOLOGÍA MÉRICA ANTROPOLOGÍA

José Pérez de Barradas
1897-1981



ARQUEOLOGÍA MÉRICA ANTROPOLOGÍA

José Pérez de Barradas
1897-1981

Museo de los
ORÍGENES
Casa de San Isidro

12 de junio - 30 de noviembre

2008



© De la edición: Ayuntamiento de Madrid. Museo de los Orígenes
© De los textos: Los autores
© De las imágenes: Los propietarios

DL:
ISBN: 978-84-7812-709-2

AYUNTAMIENTO DE MADRID

ALBERTO RUIZ-GALLARDÓN

Alcalde de Madrid

ALICIA MORENO

Delegada del Área de Las Artes

JUAN JOSÉ ECHEVERRÍA

Coordinador General de Infraestructuras Culturales

BELÉN MARTÍNEZ

Directora General de Archivos, Museos y Bibliotecas

CARMEN HERRERO

Jefa de Departamento de Museos y Colecciones



EXPOSICIÓN PRODUCIDA POR EL MUSEO DE LOS ORÍGENES. ÁREA DE GOBIERNO DE LAS ARTES. AYUNTAMIENTO DE MADRID

EXPOSICIÓN

DIRECCIÓN

Eduardo Salas Vázquez

COMISARIADO

Enrique de Carrera Hontana

Alfonso Martín Flores

con la colaboración de: María Victoria López Hervás, Alberto González Alonso, Mercedes Gamazo Barrueco y Marta Benítez Cordonets

COORDINACIÓN

Salvador Quero Castro

Amalia Pérez Navarro

RESTAURACIÓN

Esther Alegre; Artelan;

Alfonso García Romo;

Guadarte Restauración, S.L.;

Hermaeconservación, S.L.;

Instituto del Patrimonio Histórico Español; Marcalagua,

Conservación - restauración del papel, S.L.;

Juan Antonio Mondejar

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE MONTAJE

Frade Arquitectos, S.L.

MONTAJE

Montajes Horche, S.L.

ESCENOGRAFÍA Y REPRODUCCIÓN DE MOBILIARIO

Antiqua Escena, S.L.

Miguel Ángel Coso Marín

Juan Sanz Ballesteros

REALIZACIÓN DE AUDIOVISUALES E INTERACTIVOS

La Nave

TEXTOS DEL AUDIOVISUAL *"PLANTAS MÁGICAS AMERICANAS"*

Pedro J. Armesilla

Manuel J. Macía

TRANSPORTE Y EMBALAJE

Tema, S.A.

SEGUROS

Stai

ADMINISTRACIÓN DEL MUSEO DE LOS ORÍGENES

Araceli Hernández Moreno

Ana Isabel Vázquez González

GESTIÓN ECONÓMICA Y ADMINISTRACIÓN DEL DEPARTAMENTO DE MUSEOS Y COLECCIONES

Lucía Herrera Iglesias

Elsa Pedraza Rivadeneira

Carmen Román Molina

Amparo Alonso Benedicto

Francisco Javier Sanz Molina

PRENSA

Javier Monzón Piñeiro

Isabel Cisneros del Prado

Jon Mateo Ortega

PUBLICIDAD

Roberto Leiceaga Díez

Jesús Araque Chaparro

Alicia San Mateo Valdehita

ASISTENCIA INTERNA

Gema Ramos Ángel

CATÁLOGO

IMAGEN Y DISEÑO

Víctor del Castillo Salvá

María José López Cano

Ideograma Grupo Creativo, S.L.

TRATAMIENTO DIGITAL DE IMÁGENES

María José López Cano

Ideograma Grupo Creativo, S.L.

FOTOGRAFÍA

Archivo Fotográfico del Museo Canario; Archivo

Fotográfico del Museo de los Orígenes; Archivo

Fotográfico del Museo Provincial de Málaga;

Joaquín Cortés; Pablo Linés Viñuales; Ángel

Martínez Levas; Miguel Ángel Otero Ibáñez;

Joaquín Otero Úbeda

IMPRESIÓN:

M - 2, S.L.

ANTROPOLOGÍAS PARA DESPUÉS DE UNA GUERRA¹

PLENITUD Y DECLIVE DE LA OBRA ANTROPOLÓGICA DE PÉREZ DE BARRADAS (1939-1952)

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ

Dpto. de Prehistoria y Etnología, Universidad Complutense

POSGUERRA Y OPORTUNIDAD

Madrid, mayo de 1939. Hace unas semanas que la Guerra ha terminado, al menos en lo que se refiere a las operaciones militares en el campo de batalla. Comienza entonces una posguerra terrible para un buen número de españoles. Represión, hambre, miseria material y miseria intelectual forman parte de una cotidianeidad que apenas si permite la mera supervivencia de todos aquellos derrotados que se han librado de la ejecución, pero que en realidad también sufren muchos de los que han anhelado el advenimiento de una “nueva España”; de hecho, es casi todo el país el que ha perdido la guerra. En mayo de 1939, José Pérez de Barradas quiere, puede y debe sentirse parte del bando vencedor.

Y es que, después de no pocas vicisitudes personales y profesionales, de muchos esfuerzos que quizás no fueron adecuadamente recompensados, de una salida de España más o menos forzada por circunstancias tanto políticas como académicas, después de su retorno a Canarias en septiembre de 1938 y, finalmente, tras su llegada a la Península a comienzos de 1939 y su adhesión a los ya inminentes vencedores de la guerra², Pérez de Barradas alcanza en menos de tres años, a partir de mayo de 1939, todo, absolutamente todo lo que se podía lograr en el ámbito institucional de los estudios etnológicos y antropológicos en el seno del nuevo Estado.

Ya en aquel primer mes de la posguerra es nombrado secretario del entonces poco menos que ruinoso Museo Antropológico -muy pronto Museo Nacional de Etnología-, jefe de su fantasmal Sección de Etnografía en septiembre y, desde noviembre de 1939, director titular del centro; también en noviembre de 1939 accede a la dirección del Museo del Pueblo Español, intenta recuperar un cierto control sobre el Museo Prehistórico Municipal y comienza a impartir clases como profesor auxiliar de la Cátedra de Antropología de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, cátedra que obtiene por oposición en diciembre de 1941; por último, en septiembre de ese mismo año se convierte en director del nuevo Instituto “Bernardino de Sahagún” (IBS) de Antropología y Etnología, perteneciente al recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

1. Tomo prestado de forma deliberada el título de este artículo de la magnífica película *Canciones para después de una guerra*, de Basilio Martín Patino, que recopila canciones e imágenes pertenecientes al mismo ámbito temporal que aquí estudiamos.

2. Desde Colombia, con fecha de 6 de abril de 1938, había remitido ya un telegrama a Giménez Caballero con el siguiente texto: “Cuenten conmigo reconstrucción cultural de España” (Archivo José Pérez de Barradas, Museo de los Orígenes, FD 2005/1/443).

La impresionante relación de cargos que acabamos de anotar tiene un significado claro y contundente: entre 1939 y 1944 Pérez de Barradas está al frente de *todas* las instituciones oficiales de rango estatal vinculadas de una u otra forma con la investigación antropológica y etnológica en España, incluida la principal cátedra universitaria existente. Sólo escapa a su control -no podía ser de otra forma, por razones legales- la otra cátedra universitaria madrileña relacionada de manera más o menos directa con los estudios antropológicos (aunque en realidad es de prehistoria): la de "Historia Primitiva del Hombre" de la Facultad de Filosofía y Letras que, tras la renuncia de su titular, Hugo Obermaier, en 1939, ocupa de forma interina Julio Martínez Santa-Olalla, amigo muy cercano de Pérez de Barradas hasta finales de 1942. También queda fuera de su alcance la Sección de Tradiciones Populares del Instituto "Antonio de Nebrija" de Filología del CSIC, creada en 1943 y dirigida por Vicente García de Diego³.

Gracias a un detallado artículo de Carrera Hontana y Martín Flores (2002), la biografía intelectual de José Pérez de Barradas nos es relativamente bien conocida; es evidente, además, que otros trabajos publicados en este mismo catálogo van a permitir profundizar en dicha trayectoria vital. Renunciamos, por tanto, a recorrer contextos ya conocidos, optando por centrar nuestro análisis en ese especialísimo momento de la historia de España y de la vida personal de Pérez de Barradas que se extiende entre 1939 y 1952, fechas que enmarcan el momento de apogeo -que en realidad declina ya a partir de 1945, aunque no en relación con su actividad americanista- de la vida intelectual de nuestro personaje en el ámbito de los estudios etnológicos y antropológicos, una vez abandonada de forma casi absoluta la investigación arqueológica paleolitista que le diera notoriedad durante las décadas de 1920 y 1930.

Como le ha ocurrido a más de un investigador español, la vida intelectual y académica de Pérez de Barradas está claramente condicionada por avatares políticos singulares y por trabas y miserias burocráticas de cualidades y orígenes diversos. En el caso de Barradas, sin embargo, esos obstáculos y problemas se difuminan -al menos en una proporción muy notable- durante unos cuantos años y, aunque luego retornan bajo formas renovadas, tal momento de aparente equilibrio le permite alcanzar un nivel en el escalafón y una estabilidad profesional que a otros contemporáneos -que comparten una misma ideología y un similar vínculo con el nuevo Estado- les cuesta mucho más tiempo alcanzar, si es que lo logran, o lo hacen en contextos casi ajenos a sus intereses académicos⁴. De todas formas, tampoco Barradas logra esa estabilidad, y la importante cuota de poder que detenta durante los años 40, no lo es en el ámbito académico al que había dedicado todos sus esfuerzos antes de la guerra: la arqueología del Paleolítico. Si las circunstancias políticas y burocráticas le hubieran sido propicias antes de la guerra, podría haber obtenido algún puesto relevante en propiedad, la dirección incluso, del Servicio de Investigaciones Prehistóricas o del Museo Prehistórico Municipal de Madrid. Como, pese a inmensos esfuerzos y debates, tal coyuntura nunca se le presenta durante aquellos años, la única posibilidad de ascenso y consolidación debería de haber estado en los estudios prehistóricos en el seno de la universidad madrileña. Pero aquí tampoco hubo opción. La cátedra de "Historia Primitiva del Hombre", creada en la Facultad de Filosofía y Letras en 1922,

3. Apuntemos ya que la creación de esta sección genera un gran malestar en Barradas, pues teme que el CSIC retire del IBS las investigaciones de carácter etnológico y las trasvase al centro de García de Diego. En esta misma época, la primera mitad de 1943, también recela Barradas de la fundación en el mismo Consejo del Instituto de Ciencias Médicas, pues cree que la totalidad de su IBS puede pasar a depender del nuevo organismo.

4. En el ámbito etno-antropológico que nos interesa, el caso más destacado es quizás el de Julio Martínez Santa-Olalla quien, pese a obtener una primera cátedra de Historia del Arte en la Universidad de Santiago en 1936, nunca consigue hacer realidad su anhelo de convertirse en catedrático titular de "Historia Primitiva del Hombre" en la Universidad de Madrid (Sánchez Gómez 2001).

estaba ocupada por uno de los principales maestros de Barradas, el bávaro Hugo Obermaier, una figura absolutamente indiscutible en la investigación prehistórica del primer tercio del siglo XX (Moure 1996). Podía haber optado por convertirse en ayudante del maestro, como hace Santa-Olalla a partir de 1931 (Sánchez Gómez 2001), pero no eran esas las circunstancias profesionales y salariales que podían satisfacerle, teniendo en cuenta su edad y su situación familiar. Luego, tras finalizar la guerra, consigue mantener un inestable vínculo profesional con el Museo Prehistórico Municipal hasta mayo de 1943, cuando se ve obligado a renunciar al cargo interino que ostenta. La otra opción en la Facultad de Filosofía y Letras sigue cerrada en la posguerra; además, la amistad que entonces mantiene con Santa-Olalla no sólo le impide dirigir sus intereses hacia esa Facultad, sino que seguramente contribuye a la obtención de los nombramientos que inmediatamente recibe. De hecho, y aunque muy probablemente no hubo nunca un acuerdo explícito al respecto, da la impresión de que ambos personajes diseñan una especie de “reparto” de los puestos académicos de relevancia vinculados con la arqueología y la antropología en el Madrid de la posguerra. Santa-Olalla, hombre de letras, habría de “heredar” la Cátedra de “Historia primitiva del hombre” que Obermaier tendría que haber perdido en 1939 por “incompatibilidad ideológica” con el nuevo régimen⁵; para Pérez de Barradas, hombre de ciencias, quedaría “reservada” la Cátedra de Antropología, asociada ya desde antes de la guerra a la dirección del Museo Antropológico.

EL “NUEVO ORDEN” CIENTÍFICO

El ambiente social, en su sentido más amplio, en el que tienen lugar los acontecimientos que aquí estudiamos es realmente oscuro, incluso tétrico, sobre todo en sus primeros años. Con todo, el nuevo régimen autoritario que se instala en 1939 en España asume de forma inmediata la tarea de reorganizar y reconducir tanto el entramado universitario del país como la investigación científica auspiciada por el Estado, aunque sea de forma más aparente que real en cuanto a los recursos puestos en marcha. Lo que sí se materializa con toda su crudeza es la depuración y expulsión de gran parte del profesorado y del personal investigador que no ha huido y que no es considerado apto por las nuevas autoridades.

La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (la JAE), aunque creada tiempo atrás, en 1907, había sido el buque insignia de los proyectos de potenciación de la ciencia española durante la Segunda República, siendo su prestigio tan notable como enorme el desprecio que generaba entre los personajes, grupos y estamentos más reaccionarios de aquellos años. Pero a pesar de ese desprecio, del auténtico odio que muchos de los nuevos rectores del país sienten por la JAE, por todos los “institucionistas” -esto es, por todos los educadores y educandos vinculados con la Institución Libre de Enseñanza- y, más aún, por lo que ambas instituciones habían representado, no pocos de ellos reconocen privadamente lo mucho que la ciencia española había avanzado durante ese primer tercio del siglo XX. Los responsables del nuevo orden sienten una especie de envidia amordazada que tratan de exorcizar mediante la creación de una nueva institución que aglutine toda la investigación auspiciada por el Estado, una institución deudora en buena medida del diseño

5. Santa-Olalla debió de sorprenderse de forma muy desagradable ante el hecho de que, pese a las dudas y tensiones que podían existir, Obermaier fuera restituido en la universidad tras la apertura de un expediente de depuración resuelto en tan solo dos meses. La orden de rehabilitación lleva fecha de 9 de octubre de 1939 (Moure 1996: 44). Por suerte para Santa-Olalla, Obermaier renuncia poco después a la cátedra. Sobre dicha cátedra y la obra desarrollada en ella por Obermaier, véase Moure (1996); para la época de Santa-Olalla, véase Sánchez Gómez (2001).

estructural de la JAE pero depurada de cualquier atisbo de librepensamiento. Esa institución es el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el CSIC⁶.

El preámbulo de la ley de creación del CSIC, de 24 de noviembre de 1939, manifiesta de forma palpable la indisoluble y singular unión que se proyecta instalar entre la investigación científica y el nuevo Estado. El deseo de “renovar la gloriosa tradición científica” de España se debe cimentar “en la restauración de la clásica y cristiana unidad de las ciencias, destruida desde el siglo XVIII. Para ello, hay que subsanar el divorcio y discordia [existente] entre las ciencias especulativas y experimentales” (Memoria 1942: 383). El procedimiento para lograr esa “unidad de las ciencias” no es demasiado sofisticado: “hay que imponer, en suma, al orden de la cultura, las ideas esenciales que han inspirado nuestro Glorioso Movimiento, en las que se conjugan las lecciones más puras de la tradición universal y católica con las exigencias de la modernidad” (Memoria 1942). El objetivo no es tanto unificar ciencias experimentales y humanidades, sino fundir ciencia y religión católica, rechazando la autonomía y la independencia que caracterizan al pensamiento libre desde, al menos, el siglo XVIII, rasgos ambos de los que precisamente habían hecho bandera la JAE y, ya desde algunas décadas antes, la Institución Libre de Enseñanza.

Ese rudimentario sustrato ideológico del nuevo régimen queda perfectamente recogido en el decreto de 26 de septiembre de 1941 por el que se crea, en el seno del CSIC, el Instituto “Bernardino de Sahagún” de Antropología y Etnología⁷. Firma el decreto, al igual que la ley fundadora del Consejo, el ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, pero lo más significativo es su preámbulo, orientado o directamente escrito por Pérez de Barradas, quizás con alguna participación de José María Albareda, secretario general del Consejo y su gran factótum durante las décadas de 1940 y 1950. En dicho preámbulo se argumenta que la etnología es “fundacionalmente española y exclusivamente católica durante dos siglos”, asegurándose además que “coincide su plenitud con la de nuestra grandeza e Imperio, hasta que su florecimiento y equilibrio se rompe en el siglo XVIII al acabar la clásica y cristiana unidad de las ciencias” (Memoria 1942: 431).

Aunque no se concreta en el texto oficial, la “unidad” de las ciencias no puede articularse únicamente a través de la investigación etnológica. Esta vertiente social o humanística del estudio del “hombre” ha de ser completada con la aportación de las ciencias físicas. De este modo, etnología y antropología (física) forman un auténtico tándem que presuntamente se convierte en el más acabado ejemplo de “ciencia unitaria y católica”, en un auténtico referente para la nueva era de expansión científica del país. Las funciones del nuevo instituto, y éstas son ya sin duda palabras exclusivas de Pérez de Barradas, habrían de estar orientadas hacia dos frentes: primero, hacia “el estudio antropológico del pueblo español, tanto en el pasado como en el presente, y tanto sobre el individuo vivo como sobre su esqueleto, creándose, cuando sea oportuno, las secciones de crecimiento infantil, tipología constitucional y endocrina, hematoantropología y herencia”; en segundo, al “estudio de las costumbres, artes y creencias populares de España, Marruecos y Colonias”. Aunque es evidente que quien redacta el texto demuestra estar más vinculado con la antropología física que con la etnología, la razón que explica la preponderancia concedida a la primera de las dos

6. Sobre el desarrollo histórico de la JAE y el CSIC, resulta de gran utilidad la consulta de una obra de homenaje recientemente editada por el CSIC, que recoge artículos de síntesis sobre los principales centros y ámbitos de investigación de ambas instituciones y recopila la ya extensa bibliografía disponible (Puig-Samper Mulero 2007).

7. No debe confundirse este centro de investigación con la Institución “Fray Bernardino de Sahagún” de la Diputación de León, antecesora del actual Instituto Leonés de Cultura.

disciplinas responde a una circunstancia mucho más pragmática: Pérez de Barradas considera que en el marco ideológico de la “nueva España” le habrá de resultar más rentable el desarrollo de una antropología física de corte racista que el de una etnología tradicional, por muy confesional e histórico-cultural que se plantee.

Pese al exaltado discurso del decreto fundacional y a la proyección de futuras secciones, lo cierto es que el nuevo instituto se crea a partir de un centro de investigación fundado mucho tiempo atrás, en cuyo edificio tendrá su sede durante la mayor parte de su existencia. Ese centro es el antiguo Museo Antropológico construido por el doctor Pedro González de Velasco e inaugurado en 1875, adquirido por el Estado a la muerte de su fundador y convertido, desde 1910, en Museo Antropológico Nacional. Tras la guerra, en mayo de 1940, se transmuta por orden ministerial en Museo Nacional de Etnología⁸, vinculándose a partir de entonces y hasta 1962 con el CSIC. No obstante, ya hemos comprobado que la conjunción espacio-temporal de Barradas y el museo tiene sus orígenes en momentos previos a la creación del IBS, justo desde el final de la guerra.

Con la fundación del IBS sobre los recursos, el personal y la infraestructura del museo, y con una dirección compartida, el nuevo Estado “crea” centros de investigación con un gasto ciertamente limitado. Pero la cosa no queda aquí. A partir de la refundación del Museo Antropológico en 1910 y del nombramiento de Manuel Antón y Ferrándiz -el primer catedrático de antropología de la Universidad de Madrid- como su director, se había establecido la norma de que el propietario de la citada cátedra y el director del museo fueran una misma persona (Romero de Tejada 1992: 42). En realidad, esto sólo se produce con tres personajes: el citado Antón, su sucesor Francisco de las Barras y el sucesor de éste, Pérez de Barradas. Sea como fuere, dicha circunstancia no sólo simplifica y facilita el modelo de estudio de la antropología física auspiciado por el Estado, sino que contribuye a reforzar el poder de Barradas como teórico gran patrono de la investigación etnológica y antropológica en el seno del recién creado CSIC.

EL INSTITUTO “BERNARDINO DE SAHAGÚN”⁹

Entre 1939 y 1945 Pérez de Barradas centra todos sus esfuerzos en poner en marcha las instituciones que, al menos desde una perspectiva formal, están bajo su dirección. Los recursos son ciertamente precarios y las dificultades de todo tipo inmensas; además, el Museo de Etnología permanece en un estado lamentable, de casi total abandono, hasta mediados de 1942. Por todo ello, aunque el IBS se crea sobre el papel a finales de septiembre de 1941, hay que esperar varios meses para que empiece a vislumbrarse alguna actividad y varios años para que el museo abra sus puertas al público.

En marzo de 1942 Barradas remite a la Presidencia del CSIC un primer proyecto de reglamento para el funcionamiento del instituto que no recibe respuesta¹⁰. Vuelve a repetir el envío en el mes de octubre; se trata del mismo escrito, aunque con algunas adiciones muy significativas¹¹. En este último texto se anota que el IBS tendrá dos funciones principales, la de museo y la de centro de investigación, siendo su principal objetivo “el estudio del hombre español sano y normal, sus

8. Además de Barradas, el personal que trabaja en 1940-41 en el museo y, por tanto, en el IBS, es el siguiente: María de las Mercedes González Gimeno (secretaria y jefa de la Sección de Antropología física), Caridad Robles Mendo (becaria de la misma sección), Julio Caro Baroja y Julio Cola Alberich (becarios de la Sección de Etnología), Julio Martínez Santa-Olalla (jefe de la Sección de Paleontología), M^a Luisa Montalvo, Guillermo Alonso del Real y Modesto Gómez (becarios de esa última sección).

9. Sobre el IBS publiqué hace tiempo un primer artículo (Sánchez Gómez 1992), cuyos contenidos y conclusiones quedan mucho mejor aquilatados en el presente trabajo.

10. Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), Sección de Educación y Ciencia, caja 8537, oficio de 10 de marzo de 1942. En adelante citaremos este archivo y sección, que guarda la documentación del CSIC, como AGA-EC.

11. AGA-EC, 8540, oficio de 30 de octubre de 1942.

variaciones regionales y sus relaciones con países vecinos, para poder establecer los límites con lo patológico y para cometer [sic] empresas de tan alto valor nacional como la del mejoramiento de la raza". En otro lugar se citan algunas actividades a desarrollar por el centro que no habían sido especificadas en el primer borrador del proyecto: una hace referencia a las tareas encaminadas a evitar "la degeneración racial y a las medidas profilácticas y sociales para el mejoramiento de la raza" y otra a la organización de "cursillos y conferencias para preparar médicos para la campaña del mejoramiento de [la] raza". El artículo sexto del reglamento enumera las secciones en que se pretende organizar el área de antropobiología: raciología, osteología ("que lleva aneja la ordenación y conservación de la parte correspondiente del Museo"), herencia humana, tipología constitucional, alimentación, psicotipología, tipología endocrina, crecimiento infantil, hematoantropología, degeneración racial, mesología, demografía y antropología femenina. Son las diez secciones que habían quedado recogidas en el decreto fundacional del IBS, con el añadido de las de degeneración racial, mesología y demografía. El texto reglamentario concluye señalando que "cuando estén próximas a terminarse las obras de las salas del Museo y del resto del edificio, se dictarán las normas para el funcionamiento del Museo Etnológico, colecciones osteológicas y se organizará el grupo de secciones de Etnología". No obstante, aunque más adelante comprobaremos que el museo se reorienta claramente hacia la etnografía, la investigación etnológica oficial ocupa siempre un lugar subordinado en el IBS con respecto a los trabajos vinculados de una u otra forma con la antropología física, si bien el centro no dispone nunca de todas las secciones antes mencionadas y tampoco desarrolla una labor de investigación claramente estructurada. Pese a todo, lo más llamativo del caso es que tanto los artículos como las monografías de mayor calidad que publica, aunque no auspicia, el instituto son los que salen de la pluma de un etnólogo (no de un antropólogo físico), quizás el investigador de mayor relevancia que pasa por el IBS: Julio Caro Baroja¹².

Pero Barradas se interesa poco por las cuestiones etnológicas, menos aún por las vinculadas con el ámbito hispano. Son la "mejora de la raza" y la "degeneración racial" los temas que aparecen mencionados con mayor profusión, tanto en escritos oficiales como en documentos diversos redactados por el director del IBS durante los primeros años de la década de 1940. Así, con fecha de 23 de julio de 1942 solicita un crédito extraordinario (que le es concedido) de cincuenta mil pesetas para el montaje de los laboratorios del museo, echando mano de un discurso marcadamente racialista con el que trata de justificar la necesidad de potenciar los estudios antropológicos en el nuevo Estado:

"Es necesario, mejor una necesidad urgente, el que en nuestra patria se emprenda el estudio del hombre español desde el punto de vista de las nuevas orientaciones antropobiológicas en el cual se ha de obtener grandes resultados prácticos, que afectan, no sólo a la Medicina en general, sino a problema de trascendencia tan capital como el mejoramiento del futuro biológico de nuestro pueblo.

Precisa el que nos conozcamos los españoles a nosotros mismos, en lo que se refiere al hombre sano y normal, el investigar sus leyes de crecimiento, sus variaciones

12. Destaca de manera especial su libro sobre *Los pueblos del norte de la Península Ibérica (Análisis histórico cultural)*, que publica el IBS en 1943.

tipológicas, constitucionales y endocrinas y los problemas de herencia, como labor previa para emprender la gran tarea, de indiscutible urgencia, de mejorar nuestra estirpe racial. Esta preocupación debe ser tanto mayor cuanto que la raza mediterránea a que pertenecemos, que es una de las mejor dotadas biológicamente y que tiene una gran facilidad de adaptación, muestra tendencias a un empobrecimiento vital, las cuales han sido señaladas hace años en Portugal y en Italia, en donde la campaña iniciada hace años por el doctor Nicolás Pende¹³ ha culminado en la creación del Instituto Nacional Biotipológico Ortogénico, con un presupuesto de más de diez millones de liras y la creación de la cátedra de Biotipología humana, en la Universidad de Roma, donde se preparan los médicos para la lucha por la mejora biológica del hombre italiano.

A estos fines ha obedecido la creación del Kaiser Wilhem [sic] Instituto de Antropología¹⁴, que funciona en Darhein [sic], cerca de Berlín desde 1928 y el últimamente creado en Francia bajo la dirección del doctor Alexis Carrel¹⁵. Trátase, en suma, de una preocupación mundial agravada por los momentos actuales en que atraviesa el Mundo, a la cual no podemos permanecer aparte¹⁶.

Igualmente, en la memoria de actividades del instituto correspondiente a ese mismo año de 1942 se puede leer que:

"El Dr. Pérez de Barradas ha dedicado su atención preferentemente, en Antropobiología, al estudio de los métodos para un estudio [sic] completo del poder vital del pueblo español, que sirva para promover la regeneración de nuestra raza y evitar los factores degenerativos de la misma, con lo cual se sale de la Antropología estática para seguir las nuevas orientaciones de la Antropología dinámica (Memoria 1943: 163)".

Entre esos "métodos" de trabajo que estudia Barradas se cita en otro documento la organización de un "curso para la formación de un Grupo honorario de Damas" -una especie de enfermeras eugenésico-antropológicas- con el fin de que "colaboren a la labor de reconocimiento de casos femeninos y de niños, que investiguen las condiciones ambientales de cada caso, así como las posibles alteraciones endocrinopáticas y constitucionales en general, los antecedentes hereditarios, etc." todo ello para alcanzar "los fines perseguidos por la sección de Antropobiología en la lucha por el mejoramiento de la raza"¹⁷. En este eufórico "ambiente racial", Barradas llega a creer que pueden materializarse los deseos del endocrinólogo Carlos Blanco Soler de que, en caso de que éste se haga con la dirección del hospital de la Cruz Roja en Madrid, crear en su seno un "Instituto Bioantropológico y para el Mejoramiento de la Raza" que habría de dirigir, recibiendo su correspondiente gratificación, nuestro protagonista¹⁸. Como otros muchos proyectos, todo queda en agua de borrajas. No obstante, más adelante veremos en qué desembocan realmente todos esos planes de "mejora de la raza" diseñados por Barradas.

Los años de 1942 y 1943 conforman un periodo caracterizado por una escasísima producción antropológica y una lucha permanente por lograr que avancen las obras en el Museo Etnológico¹⁹.

13. Nicola Pende (1880-1970) fue un famoso endocrinólogo italiano que orientó una parte importante de su obra a cuestiones raciales y tuvo fuertes vínculos con el fascismo, aunque siempre negó haber firmado el famoso y despreciable *Manifesto degli scienziati razzisti*. Juzgado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, fue exonerado de los cargos que se le habían imputado. Fundó el citado instituto en la Universidad de Génova, donde desarrollaba su actividad.

14. En realidad, se trata del *Kaiser Wilhelm Institut für Anthropologie, menschliche Erblehre und Eugenik*, fundado en 1926 e inaugurado al año siguiente en Berlin-Dahlem. Su institución matriz fue la *Kaiser Wilhelm Gesellschaft*. Bajo la dirección de Eugen (un nombre muy apropiado!) Fischer, el instituto jugó un destacado papel en la política racial nazi.

15. Se refiere a la *Fondation française pour l'étude des problèmes humains*, creada específicamente por el mariscal Petain para Carrel en 1941, de la que éste fue *regent* hasta su disolución en 1944. Pese a sus importantes aportaciones a la medicina y la fisiología, que le valieron el premio Nobel en 1912, la colaboración de Carrel con el gobierno de Vichy y su defensa de políticas eugenésicas y racistas le valieron el ostracismo y el rechazo social y político tras la liberación de Francia. Murió en 1944, cesado de todos sus cargos. De haber sobrevivido, muy probablemente habría sido juzgado por colaboracionista y defensor de las teorías raciales nazis, sobre todo por los contenidos de su famoso libro *L'Homme, cet inconnu*, cuya primera edición es de 1935.

16. AGA-EC, 8537.

17. AGA-EC, 8537, oficio de 30 de octubre de 1942.

18. Diario de José Pérez de Barradas, 23 de noviembre de 1941, p. 98. Como el conjunto de su archivo personal, el diario de JPB (al que nos referimos con algún detalle al final del artículo) se conserva en el Museo de los Orígenes (Casa de San Isidro) de Madrid. Los cuadernos que lo componen han sido registrados en el museo con su correspondiente signatura, que en todos los casos es "FD2005/1/[número de orden desde el 1]". Sin embargo, como dicha signatura se encuentra en el interior, en la primera página, lo más cómodo para la localización de una cita es observar las anotaciones sobre las fechas que se recogen en las cubiertas de los cuadernillos.

19. Barradas intenta, y no consigue, que el Estado adquiera para el museo el solar que entonces existe junto al edificio, donde poco más tarde se construye un hotel.

Es también entonces cuando Barradas toca techo como intelectual del nuevo régimen, al ser galardonado con el premio “Francisco Franco” de Humanidades, correspondiente a 1942, por su obra *Colombia de Norte a Sur*, que había estado preparando con mucho mimo y escasa sistematización desde su regreso a la Península en 1939. Nuestro protagonista alcanza literalmente la gloria el 16 de diciembre de 1942, al recibir el premio de manos del mismísimo “Caudillo”, aunque no se siente menos gratificado cuando se embolsa la muy jugosa recompensa en metálico que le acompaña: nada menos que cincuenta mil pesetas. Sólo unos días después de celebrarse tan destacado acto estalla de forma violenta el tenso enfrentamiento sostenido por Barradas desde el final de la guerra con la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, más concretamente con su presidente, Julio Martínez Santa-Olalla. Merece la pena reseñar y contextualizar este singular acontecimiento²⁰.

La Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (SEAEP) se constituye el 18 de mayo de 1921, en una reunión celebrada precisamente en los locales del antiguo museo del doctor Velasco, entonces Museo de Antropología, Etnografía y Prehistoria, por iniciativa de Manuel Antón y Ferrándiz, su director; presiden la reunión Rafael Salillas, el propio Antón y Francisco de las Barras, sucesor de Antón al frente del museo y predecesor de Barradas. En esa misma jornada inaugural se aprueban sus estatutos y se acuerda que la sociedad tendrá su sede en los locales del museo. Las actividades comienzan de forma inmediata y vienen guiadas por una tradición científica heredera de los planteamientos desarrollados a finales del XIX, que ven en la antropología una ciencia aglutinadora de los esfuerzos de muy diversas disciplinas y metodologías, encauzadas a través de las ciencias naturales y enfocadas hacia el estudio global del hombre, dando cabida además a investigaciones en los ámbitos de la etnología, el folklore y la prehistoria.

Pérez de Barradas es admitido como socio numerario de la Sociedad en 1928. Muy poco después, en marzo de 1930, son precisamente gestiones de la SEAEP las que hacen posible que nuestro protagonista acceda a la dirección interina del Servicio de Investigaciones Prehistóricas del Ayuntamiento de Madrid, tras superar la fuerte oposición ejercida por el Cuerpo de Bibliotecarios, que a toda costa pretende que nadie ajeno al mismo ostente tan alta responsabilidad en una institución municipal.

La sociedad desarrolla una intensa e interesante labor, que se recoge y publica ampliamente en sus *Actas y memorias*, actividad que obviamente se ve interrumpida por el estallido de la guerra. Una vez concluida, su situación no es nada halagüeña: a la muerte violenta de algunos de sus socios de ideología derechista se suma el ostracismo o el arrinconamiento de aquellos que se habían caracterizado por su izquierdismo, añadiéndose a ambos factores una ausencia casi total de fondos. Pero, como muy pronto van a comprobar, la principal dificultad se deriva de la peculiar coyuntura jurídico-institucional que sostiene a la Sociedad pues, aunque es un centro privado, tiene su domicilio social en una institución pública. Con el objeto de estabilizar su situación, la SEAEP firma un acuerdo con el CSIC, del que depende el museo, en julio de 1940, por el que se anexiona -conservando cierta autonomía- al Patronato “Menéndez Pelayo”, logrando al mismo tiempo el apoyo económico necesario para continuar con la publicación de su revista. Sin embargo, las tensiones no ceden.

20. Sobre las actividades desarrolladas por la SEAEP, sus publicaciones, el conflicto surgido tras la guerra con el CSIC y el enfrentamiento directo entre Barradas y Santa-Olalla, véase Sánchez Gómez (1990).

Proceden básicamente de los celos de Pérez de Barradas ante la sociedad y, muy especialmente, ante Julio Martínez Santa-Olalla, secretario de la SEAP y en teoría su amigo íntimo desde mucho antes de la Guerra. Primero desde la dirección del museo y luego desde la del IBS, Pérez de Barradas se autoconviene de que tanto Santa-Olalla como la SEAP representan sendos obstáculos para sus aspiraciones personales y para la consolidación de las instituciones que preside. De hecho, como se recoge en su diario, la desconfianza de Barradas es ya muy intensa al poco de regresar a la Península y más aún ante las noticias de creación del IBS, cuya dirección pensaba que pretendía alcanzar Santa-Olalla. El caso es que, henchido de orgullo tras recibir de manos de Francisco Franco el premio homónimo, la personalidad neurasténico-irascible y autoritaria de Barradas estalla el 21 de diciembre de 1942 cuando, tras tensiones, amenazas y discusiones sin cuento, abofetea sin mediar palabra a Santa-Olalla en el museo, delante de todo el personal, expulsándole del centro bajo la amenaza de acciones más contundentes. El lamentable episodio tiene unas consecuencias terribles para la SEAP. Aunque se cruzan informes y oficios entre la sociedad y las máximas autoridades del CSIC hasta julio de 1945, y aunque parece haber una actitud conciliadora por parte de Albareda, el secretario general del Consejo -pues incluso se conceden durante algún tiempo nuevas subvenciones-, Pérez de Barradas logra imponer sus criterios, que no deberían ser muy mal vistos por las autoridades. La ruptura de facto entre el IBS y la sociedad se materializa en el hecho de que ni uno sólo de los libros, ni una sola de las piezas arqueológicas, ni uno solo de los documentos que la sociedad guarda en el museo son recuperados por sus legítimos propietarios²¹. Así, la importante biblioteca de la SEAP, su principal patrimonio, se integra en el Instituto "Bernardino de Sahagún" y hoy constituye la parte más relevante de los fondos históricos de la biblioteca del Museo Nacional de Antropología.

En el año de 1944 se atisban ya en el horizonte algunos de los nubarrones que progresivamente oscurecen la vida académica de Barradas. En julio es cesado -no dimite, como se indica en algunos estudios- como director del Museo del Pueblo Español, cargo que le había traído de cabeza desde su llegada al centro por sus enfrentamientos con el patronato, presidido por el Marqués de Lozoya. Ese mismo año, la actividad y la integridad del IBS en Madrid comienzan un proceso de lenta pero imparable disolución, apenas perceptible en sus primeros momentos. Primero se traslada a Barcelona la Sección de Antropobiología, que en realidad nunca llegó a tener entidad en Madrid. El jefe de dicha sección es el catedrático de antropología (física) de la Universidad de Barcelona, Santiago Alcobé, quien fuera contrincante y se impusiera a Barradas en la doble oposición de finales de 1941 para la provisión de ambas cátedras universitarias. Además, se nombra a Alcobé subdirector del propio IBS. En 1945 se crea en teoría una nueva sección, en este caso de antropología médica, en la Universidad de Valladolid, dirigida por el catedrático de medicina Misael Bañuelos, que había publicado en 1941 un delirante libro racista titulado *Antropología actual de los españoles*; afortunadamente, esta sección, por completo unipersonal, no desarrolla actividad alguna, desapareciendo a la muerte de Bañuelos en 1956. La creación de este centro "fantasma" no parece que le fuera impuesta a Barradas, seguramente fue una decisión propia encaminada a obtener apoyos para contrarrestar la expansión de Alcobé en Barcelona. Y todo ello a pesar de su desprecio por la obra antropológica

21. En febrero de 1943, y debido al avance de las obras en el museo, Pérez de Barradas procede a desalojar del edificio a la SEAP (véase su diario, días 1 y 2 de febrero de 1943). Sin embargo, sólo debieron de entregarse a sus propietarios enseres y materiales sin valor científico, ya que la sociedad continúa solicitando oficialmente la devolución de la biblioteca, los documentos y las piezas etnológicas y arqueológicas hasta 1949 (Sánchez Gómez 1990: 79-80). A partir de entonces, parecen resignarse a darlo todo por definitivamente perdido.

del entonces famoso médico vallisoletano: pocos años antes, Barradas había comentado en su diario el mencionado libro de Bañuelos, definiéndolo como “una copia indecorosa de cosas racistas alemanas” (1 de mayo de 1941: 71).

Entre julio y noviembre de 1946 Pérez de Barradas consigue hacer realidad el sueño que le había obsesionado desde su regreso a España en 1938: retornar a Colombia. Aunque el viaje no se desarrolla del todo como había planeado, el material recopilado es el punto de partida para la redacción de varias obras americanistas que le alejan ya de manera definitiva del mundo de la antropología física y de la etnología. También como consecuencia de este viaje -y de nuevo con el propósito de reforzar su posición frente a cualquier presunta amenaza-, Pérez de Barradas gestiona que se conceda la categoría de “sección americana” del IBS al “Centro de Investigaciones Lingüísticas y Etnológicas de la Amazonia Colombiana”, dirigido por el capuchino Fr. Marcelino de Castellví en Sibundoy, personaje al que Barradas tiene en gran estima y con quien había entrado en contacto ya durante su primera estancia en Colombia, entre 1936 y 1938. De todos modos, tampoco tiene ningún significado práctico la puesta en marcha de dicha sección. Precisamente el capuchino propone poco después, en 1949, la creación en el CSIC de un Centro de Etnología Americana, con sede en Barcelona y bajo su dirección. Luis Pericot y Santiago Alcobé, a quienes solicita su parecer el secretario general del Consejo, J. M. Albareda, informan muy negativamente, y con razón, sobre el proyecto “panantropológico” de Castellví²², con lo que se pone fin tanto a las pretensiones personales del religioso como a los deseos de Barradas de consolidar algún espacio americanista en el seno del IBS.

A pesar de este último fracaso, y quizás previendo que su única opción de triunfo en el ámbito americanista había de derivarse exclusivamente de su obra personal, a partir de 1947 Pérez de Barradas dedica casi toda su atención a esa actividad, que habrá de otorgarle importantes éxitos pero también durísimas críticas. Los parabienes le llegan por la publicación de varios textos de indudable interés: la obra en dos volúmenes titulada *Los muiscas antes de la conquista* (1950 y 1951), el extenso artículo sobre “Drogas ilusionógenas de los indios americanos” (1951), los dos libros sobre *Orfebrería prehispánica en Colombia* (1954 y 1958) -fruto de sus estudios sobre los fondos del Museo del Oro de Bogotá- y su sugerente estudio sobre *Plantas mágicas americanas* (1957). Otra obra anterior de la que también se siente muy orgulloso es *Los mestizos de América* (1948), alabada y premiada por los medios oficiales españoles pero duramente criticada desde México por Juan Comas, circunstancia que le amarga en buena medida el éxito obtenido aquende las fronteras.

EL MUSEO NACIONAL DE ETNOLOGÍA

Aunque desde septiembre de 1941 el museo es legalmente parte insoluble y sede física del IBS, las circunstancias que se vinculan con su reforma y, más aún, con la instalación que diseña Barradas para su reapertura en 1945 recomiendan un estudio individualizado de la institución, lo que nos obliga a retroceder algunos años en la progresión cronológica que hasta ahora hemos planteado.

Es ciertamente llamativo el aparente interés que muestran las nuevas autoridades por reactivar el antiguo Museo Antropológico y, más aún, la rapidez con la que se ponen en marcha

22. AGA-EC, 8602.

las medidas encaminadas a lograrlo, al menos de manera formal y sobre el papel: ya hemos apuntado que es en mayo de 1939, menos de un mes después del fin de la Guerra, cuando se nombra a Pérez de Barradas secretario del centro; luego, el museo se rebautiza y se vincula al CSIC y poco más tarde se refunde en el IBS. ¿Por qué tanta (aparente) preocupación y celeridad? Deben de haberse conjugado varios factores, tanto de índole ideológico-estructural como personal, pero la consecución de un triple objetivo “científico” parece evidente: acabar con las veleidades evolucionistas de determinados personajes e instituciones, erradicar cualquier principio de duda con respecto a la literalidad -o casi- de la explicación bíblica del origen del hombre y adaptar los estudios antropológicos a los intereses del nuevo Estado, aunque curiosamente tales intereses no son, como veremos, los que en un principio Barradas se había imaginado que preocuparían a las nuevas autoridades.

De todas formas, si damos crédito a lo que anota nuestro protagonista en su diario, no parece que ese interés oficial fuera realmente sincero, pues los primeros borradores sobre la estructura del CSIC habrían dejado fuera al museo. De Barradas habría surgido la propuesta de vincular el centro con el Instituto “Juan Sebastián Elcano” de Geografía y también habría sido él quien planteara a las autoridades el cambio de denominación del museo, pasando a ser “de Etnología”. Bien podría haber sido así, pero también es verdad que esa inicial conexión con el Instituto de Geografía le permite a Barradas mantener el museo alejado del ámbito (y de los investigadores) de las ciencias naturales e incluso de la prehistoria, a los que sin duda nuestro protagonista habría de considerar ávidos de hacerse con un “botín” que pensaba era suyo poco menos que por derecho propio.

El acceso a la Cátedra de Antropología y a la dirección del antiguo Museo Antropológico habían sido los dos principales objetivos que Barradas se había propuesto alcanzar tras su regreso a Madrid en abril de 1939. El control del museo es algo que logra con notable celeridad ya que, pese a que su carácter obsesivo e hipocondríaco le hace ver enemigos detrás de cualquier esquina, lo cierto es que no existe entonces ningún candidato adicto al régimen que pueda hacerle sombra. Además, la buena fortuna también está de su lado: el todavía director, Francisco de las Barras de Aragón, no destituido pese a su presunta ideología izquierdista, llega a la edad de jubilación precisamente en octubre de 1939.

Nada más conseguir la dirección titular en noviembre de aquel año, Barradas asume que una de sus principales obligaciones -al margen de sobrevivir y de obtener la cátedra- es poner en marcha el museo, depurado de antiguos “vicios evolucionistas”. Por supuesto, es perfectamente consciente de que reabrirlo habría de convertirse en un “éxito” personal mucho más evidente y reconocible entre el público y, sobre todo, entre las autoridades, que su mayor o menor dedicación a la investigación o a la enseñanza.

Los comienzos son ciertamente difíciles. El paso del tiempo, el abandono y, sobre todo, los daños producidos en el edificio durante la contienda hacen que el museo se encuentre en 1939 en una situación ciertamente lamentable. En ese momento, Barradas se ve enfrentando a un doble reto: convencer a las autoridades de la conveniencia científica y política de la reapertura del museo y,

mucho más complicado que esto, obtener las asignaciones presupuestarias necesarias para acometer las importantes obras de remodelación que el edificio requiere.

Al igual que hace un par de años después con su diseño del IBS, Pérez de Barradas proyecta inicialmente un museo que ha de encajar milimétricamente en lo que él piensa que son los espacios científico y político propios del nuevo Estado. En su archivo personal, conservado en el Museo de los Orígenes (Casa de San Isidro), en Madrid, se guarda la copia de un escrito no fechado, redactado sin duda por Barradas, que parece ser un primer diseño del museo y que lleva el significativo título de "Museo Etnológico Nacional y de Ultramar (Museos Antropológico y del Pueblo Español)"²³. En el texto se asegura que el museo, de "tétrico aspecto", ha mantenido hasta la Guerra "su carácter de museo fósil evolucionista y fin de siglo", condiciones "inadmisibles en el nuevo Estado". Se considera imprescindible acercarlo a las "directrices nacionales", por lo que su principal objetivo habrá de ser fomentar "el orgullo de ser español por el conocimiento y divulgación de nuestro Imperio, estimular el espíritu aventurero y el afán de viajar de nuestra juventud y lograr el reconocimiento de muchos países [...] de que gracias a los navegantes, conquistadores y misioneros españoles han sido incorporados al mundo civilizado". El texto recuerda que las colecciones expuestas tienen un triple carácter: antropológico, etnográfico y prehistórico. Se propone una "instalación discreta" de las primeras, esto es, de las de antropología física, debiendo reforzarse las etnográficas "de nuestras antiguas y actuales colonias"; se apunta que deberían transferirse al centro los materiales etnográficos de otros museos e instituciones del Estado e incluso se recomienda que se integre al Etnológico el Museo del Pueblo Español o, en caso de no ser así, que dependa directamente de él. También se apunta la conveniencia de que las órdenes religiosas cedan en depósito las colecciones etnográficas reunidas por las misiones. Al mismo tiempo, se propone que todos los materiales vinculados con la prehistoria pasen al Museo Arqueológico. El texto proyecta la creación de cuatro secciones, perfectamente ajustadas a los intereses de Barradas y, presuntamente también, a los de un museo "imperial": Antropología física, Etnología general, Arqueología [sic] y Etnografía americana y "Pueblo español". También asoman claramente los afanes de Barradas cuando se argumenta que el futuro personal que habrá de trabajar en el museo deberá formarse en la Cátedra de Antropología, circunstancia harto complicada teniendo en cuenta que la antropología física habría de tener una importancia muy secundaria en el nuevo centro.

Además del componente estrictamente museístico, que en realidad apenas si se esboza, el texto propone un "plan de trabajo" investigador muy rudimentario. Se limita a señalar que habrá de afrontarse el "estudio del Folklore español" y el análisis antropológico y etnográfico de los distintos pueblos que habitan tanto en las entonces posesiones españolas en África como en las antiguas colonias de América y el Pacífico. También se prevé una actividad docente propia del museo, encaminada a "contribuir a la formación de nuestros funcionarios de Marruecos [y] colonias mediante una preparación antropológica y etnográfica que les capacite para comprender las culturas indígenas y para conducirlos por un camino seguro que permita desarrollar y adaptar las costumbres e instituciones regionales de acuerdo con la ideología y orientaciones modernas". Por

23. Su signatura es FD 2005/1/523. Aunque una indicación a bolígrafo dice "año 1935", es obvio que el informe debió de redactarse en noviembre o diciembre de 1939. En el Museo Nacional de Antropología se conserva lo que parece ser otra copia del mismo informe, que cita Romero de Tejada (1992: 22).

último, “para evitar que los rojos separatistas puedan tacharnos de incapaces de proseguir la labor por ellos ensalzada incluso durante la guerra, de la Junta para Ampliación de Estudios, el Museo tiene el deber de iniciar inmediatamente la publicación de una serie de monografías de altura sobre las distintas ramas de la etnología, tanto sobre Marruecos y actuales Colonias como sobre los países que constituyeron nuestro Imperio”. Se citan como posibles publicaciones varios trabajos de Barradas de temática americanista -uno de título muy histórico-cultural (*Círculos culturales del Sur de Colombia y Ecuador*)-, algún otro del P. Castellví, otros de distintos misioneros sobre Filipinas y el Amazonas y sendos más de Carlos Alonso del Real sobre Guinea y de Vicente de Arques sobre Marruecos.

Como se puede comprobar, en estos iniciales momentos de su llegada a la dirección del museo Pérez de Barradas no muestra interés alguno por desarrollar antropologías racialistas, ni siquiera se interesa de modo singular por la antropología física. Dos son las razones que lo explican. En primer lugar, por el escaso apego que siente por esta disciplina, algo que anota en numerosas ocasiones en su diario, circunstancia cuanto menos llamativa si tenemos en cuenta que dos años después accede a la titularidad de la primera cátedra de antropología física del país. En segundo, porque Barradas cree que la política científica del nuevo Estado se va a orientar hacia una investigación histórico-etnográfica de “proyección imperial”; de ahí el nombre propuesto: Museo Etnológico Nacional y de Ultramar. Sin embargo, pronto comprueba que el asunto no es tan sencillo y que la tarta del retórico discurso imperial-nacional es apetecida por otros muchos personajes y personajillos del nuevo régimen. Por una parte, los ámbitos de estudio africanista y americanista tienen un desarrollo propio que queda completamente fuera de su control. Por otro, aunque accede a la dirección del Museo del Pueblo Español, comprueba que nunca será posible su fusión con el Etnológico y que, además, todo lo que allí pretenda hacer habrá de estar supeditado a los designios de su rancio patronato, con el Marqués de Lozoya al frente. De este modo, el museo Etnológico es condenado a ocupar una posición muy secundaria y difusa en los proyectos científico-políticos del nuevo Estado, reducido a ser poco más que el contenedor de unas colecciones mermadas, de procedencia dispar, parcialmente de origen colonial pero sin el componente americanista que realmente interesa a Barradas y que indudablemente podría haber tenido mayor atractivo entre el público, los estudiosos y las autoridades.

Durante los años de 1940 y 1941 Barradas se resigna a su suerte en el museo: le basta con ser su director y con ejercer un cierto control sobre su escaso personal. Mientras, las obras no comienzan y el edificio está muy cerca de amenazar ruina.²⁴ Además, durante buena parte del año 41 su trabajo en el museo queda casi anulado por dos cuestiones trascendentales para su futuro profesional: en primer lugar, por las expectativas ante la salida a oposición de la Cátedra de Antropología y, una vez convocada, por las intrigas ante el tribunal y por el desarrollo de los ejercicios; en segundo, por las igual de inevitables intrigas y dudas surgidas en torno a la creación del IBS y, obviamente, por el acceso a su dirección. Cuando en el mes de junio de 1941 Barradas redacta su inicial proyecto del IBS -que seguramente no difiere mucho del definitivo publicado en septiembre-, ya es plenamente consciente de que tiene que recurrir a propuestas de actuación diferentes a las que presentó en

24. La degradación del centro es tal y las dificultades para desarrollar cualquier actividad investigadora son tan notables que Barradas llega a anotar en su diario lo siguiente: “Lo único de interés en la tarde es que asamos castañas en la estufa del Antropológico” (12 de noviembre de 1940: 86).

un primer momento para el museo. Por eso, como ya hemos anotado, se decanta entonces hacia temas vinculados con la antropología física del “hombre español”, sin plantear referencia alguna a la necesidad de afrontar estudios en contextos coloniales o ex-coloniales, algo que está en franca contradicción -pues no se trata de complementariedad- con el diseño de contenidos del museo.

Con la cátedra y la dirección del IBS aseguradas, Barradas pone más empeño en sacar adelante el museo. Por fin, en junio de 1942 comienzan las tareas de retirada de materiales y enseres para el comienzo de las obras, que son presupuestadas en 942.200 pesetas. Los trabajos avanzan con lentitud. Además, a finales de 1943 se produce un acontecimiento realmente singular, tanto que probablemente en muy pocos museos del mundo, si es que en alguno, se ha podido documentar algo similar. El fundador del museo, el anatomista Pedro González de Velasco, había expresado su deseo de ser enterrado en el edificio, y el deseo se cumplió, situándose la tumba bajo el suelo del salón principal. Tanto Pérez de Barradas como las autoridades del CSIC consideran indispensable deshacerse de ese fantasma del pasado, por lo que acuerdan sacar los restos del doctor con motivo de la reforma del edificio. Como anota Barradas en su diario, la exhumación tiene lugar el 8 de noviembre de 1943, procediéndose al entierro de los restos, en la Sacramental de San Isidro de Madrid, el 12 del mismo mes, no sin que aparezcan los omnipresentes problemas derivados de cómo hacer frente al pago del servicio funerario.

La fantasmal reparación del cadáver del doctor Velasco ofrece a Barradas la oportunidad de poner en práctica su característico y sempiterno doble discurso -público y privado- que comentaremos con detalle al hablar de su singular diario. Es un discurso que en su vertiente privada oscila entre la burla y el desprecio del personaje, la institución o el acontecimiento de referencia, mientras que en su exposición pública ese mismo discurso puede adquirir perfectamente un marcado tono laudatorio, si con ello consigue atacar o simplemente clavar una puya a quienes considera sus enemigos personales y que, de alguna forma, también lo son del personaje o la institución referenciados. Esto es precisamente lo que ocurre con el “fantasma del doctor Velasco”. En privado, Barradas desprecia a Velasco por su progresismo, por su condición de darwinista y de, el término es nuestro, “proto-rojo”. Además, también siente cierta aversión por considerarle responsable de haber dado origen a la leyenda negra del museo, de la que el propio Barradas participa en su condición de director del centro. Así, cuando el 20 de julio de 1939 rebusca entre algunos de los materiales que andan desperdigados y llenos de suciedad en el museo, se topa con un retrato antiguo que, inicialmente, finge no reconocer. Alguien le comenta que se trata de Darwin. Barradas lo rompe con rabia y anota en su diario que ese personaje fue “el ama de cría de Velasco, [Manuel] Antón y otros ilustres antecesores míos (don Domingo [Sánchez], [Luis de] Hoyos y el inefable Barritas [Francisco de las Barras])”. Sin embargo, también es cierto que Barradas no puede dejar de admirar privadamente al doctor Velasco, por ser precisamente el fundador del museo y uno de los pioneros de la antropología física en España. En este contexto, su afán por rendir homenaje público a Velasco con motivo del traslado de sus restos no se fundamenta precisamente en esa privada y contradictoria admiración que se acaba de mencionar. Su objetivo es mucho más inmediato e interesado: atacar a todos aquellos que han

criticado y critican el museo y a los que, de un modo u otro, considera sus enemigos, a los “amigos de la burla y de la leyenda negra”, como escribe el 12 de noviembre en el diario. Y, aunque tiene o cree tener muchos, sus principales enemigos de entonces no son otros que Santa-Olalla y la SEAEP. Con este objeto, lee en el cementerio un breve pero elocuente discurso en el que ensalza la vida y la obra del doctor, remitiendo a los periódicos una nota de prensa de similar orientación con el único deseo de “levantar ampollas” entre sus archienemigos²⁵. Es indudable que Barradas hubo de sentirse muy satisfecho ante esa aparente demostración pública de poder, aunque ese “poder” fuera bastante irrelevante de facto en los ámbitos político y científico del momento. Lo que no parece que sepa valorar entonces nuestro protagonista -algo recurrente en su carrera, pese a su incansable afán por el ascenso y el reconocimiento profesional- es que en nada puede beneficiarle, en el Madrid de 1943, realizar una alabanza pública de un personaje tan poco asimilable a los ideales de la “nueva España” como el doctor Pedro González de Velasco.

Finalmente, la instalación del museo concluye en junio de 1945. La transformación del interior ha sido radical, especialmente en el salón central. Originalmente disponía de piso bajo y de una sola galería, estrecha pero completamente diáfana. Ahora se levantan dos galerías más anchas sustentadas por pilares, lo que permite ampliar el espacio de exposición a costa de anular en gran medida la sensación de amplitud de que antes se gozaba. La reapertura tiene lugar el 11 de julio con la presencia del ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín. La exposición con la que se inaugura el museo nada tiene que ver con lo que se exhibía antes de la Guerra. Como se proponía en aquel inicial informe sobre el museo que citábamos párrafos atrás, se ha retirado la práctica totalidad de las colecciones de prehistoria y la mayoría de las de antropología física, ampliándose las etnográficas, que en un porcentaje muy notable provienen de la Exposición de Filipinas celebrada en Madrid en 1887. Sin embargo, aunque Barradas y las autoridades científicas pretenden haber acabado con el presunto carácter “fósil y evolucionista” del museo, el asunto no es tan sencillo de resolver. Como apunta Romero de Tejada (1992: 23), el diseño de la nueva exposición no deja de estar orientado por una concepción evolucionista, más o menos evidente, de las sociedades humanas (algo que en realidad está presente de forma implícita en casi toda la obra científica de Barradas), de modo que las tres plantas del edificio despliegan las colecciones etnográficas siguiendo el típico esquema de los tres estadios evolucionistas -salvajismo, barbarie y civilización-, aunque sin hacerse mención expresa a tal gradación. Dos años después, en 1947, Barradas consigue que el IBS publique una guía del museo que cumple su cometido de forma bastante digna²⁶. Sin embargo, el objetivo que en modo alguno se alcanza es aquel que se había propuesto Barradas nada más acceder a la dirección del centro y que vuelve a presentar en esta obra didáctica: “Un Museo español ha de insistir forzosamente sobre aquellos pueblos de nuestro antiguo Imperio ‘en que no se ponía el sol’, y subrayar la labor misional y colonizadora de España, cuya gloria ha tratado de empañar la leyenda negra en todas las épocas” (Guía 1947: 24). Pese a los afanes de Barradas por vincular el museo con el americanismo, sus colecciones apenas informan -ni entonces ni en el futuro- sobre aquellas antiguas “glorias imperiales”.

25. Su *Manual de Antropología*, publicado en 1946, está dedicado precisamente a la memoria del doctor González Velasco y se abre con su retrato.

26. Barradas redacta la mayor parte de los capítulos, aunque también colaboran Julio Caro Baroja, Caridad Robles Mendo y María de las Mercedes González Gimenó.

De todas formas, es evidente que durante un tiempo nuestro protagonista se siente encantado con la reforma del museo, escribiendo en su diario (23 de junio de 1945: 149) que el resultado es “maravilloso” y que todos habrán de quedar “asombrados” -especialmente Alcobé, Santa-Olalla y todos aquellos que le “creían un perro muerto”-; sin embargo, también se lamenta de que acudiera muy escaso público durante la jornada inaugural, supuestamente debido al mal tiempo y a que muchos “envidiosos” optaron por el boicot. Por supuesto, no aparece nadie de la SEAEP, algo que, de forma incomprensible, parece sorprender a un Barradas que dos años antes ha abofeteado a su secretario y que, desde entonces, ha imposibilitado que la sociedad acceda a su importante biblioteca. En todo caso, la exaltación y la felicidad parecen durarle poco. El 29 de ese mismo mes de julio consigna en su diario que se “aburre” en el museo. La neurastenia está nuevamente de vuelta.

La reforma, reestructuración y reapertura del Museo Nacional de Etnología es sin duda la parcela más relevante y vistosa del trabajo de Barradas al frente de una institución antropológica. Es cierto que el museo no se convierte en una gran atracción pública, y que ni siquiera durante las semanas que siguen a su inauguración consigue atraer a los visitantes. La leyenda negra parece no haber desaparecido, aunque el cadáver del doctor Velasco no repose ya bajo el salón central del museo; y es que, si bien es cierto que a partir de 1945 no existen ya razones para que sea mal visto por la Iglesia y los sectores más conservadores de la sociedad, el peso de la tradición es más fuerte que los propósitos de enmienda. Además, el centro conserva aún algunas de las piezas que habían propiciado en parte el surgimiento de esa leyenda negra: el “gigante extremeño”, la momia guanche, las momias andinas, cabezas reducidas, algunos cráneos y esqueletos de hombres y simios... y, por supuesto, todo un repertorio de armas y artefactos “extraños y salvajes” que siguen sin ser considerados “digno y verdadero” material museístico durante décadas. De este modo, aunque el museo ve incrementadas sus colecciones a comienzos de la década de 1950, aún en tiempos de Pérez de Barradas, con materiales africanos (Romero de Tejada 1992: 56), su trascendencia y proyección siguen siendo mínimas. En realidad, su instalación permanece, ahora sí, totalmente fosilizada y en un ambiente bastante tétrico hasta la reforma emprendida en la década de 1980.

LA CRISIS (1952)

Como se comprueba por su diario, la biografía privada y profesional de Pérez de Barradas se muestra repleta de crisis, reales o imaginadas. La que se produce en 1952 es real y una de las más graves que afectan a su carrera; de hecho, marca el momento de inflexión negativa e irreparable para la actividad del IBS en Madrid y la consolidación sin paliativos de la decadencia investigadora de Barradas en los ámbitos de la etnología y la antropología. A partir de entonces, su único refugio es el que ya había orientado buena parte de su producción tras su regreso a España: la investigación americanista, de orientación básicamente arqueológica y etnohistórica.

Lo que acontece aquel año es la desvinculación oficial del Museo Nacional de Etnología respecto del IBS y el trasvase a aquél de la mayor parte del escaso personal investigador que hasta entonces estaba a las órdenes de Barradas. La ruptura es traumática para nuestro protagonista, hasta el

extremo, nada irrelevante, de abandonar durante meses la elaboración de su querido diario íntimo, que sólo retoma a comienzos de septiembre de ese año de 1952. En la anotación correspondiente al 30 de diciembre, al hacer balance del año transcurrido, afirma que “no ha sido grato en ningún sentido” y confiesa que lo que más le ha dolido es que el ministro Ibáñez Martín y el secretario del CSIC, Albareda, hayan entregado el museo a sus “enemigos más manifiestos”, con José Tudela de la Orden como director, personaje que ninguna relación mantenía con el mundo de la antropología o la etnología. Las razones últimas, o quizás primeras, que motivan el relevo de Barradas las explica éste con su característica y brutal sinceridad en su diario: “Yo comprendo que no me quieran. Prescindiendo de mi leyenda negra, no tengo con ellos la menor afinidad, y eso se nota; me he alejado política, religiosa y moralmente de todo aquello que constituye los principios espirituales no sólo del Consejo [del CSIC], sino del Régimen. No los he seguido ni los he halagado. Me declaro independiente [...]” (20 de diciembre de 1952: 81-82).

Por otra parte, si ya el mero hecho de la separación institucional del museo y del IBS, de la forzada desvinculación de Barradas respecto del primero, debió de sentirla nuestro protagonista como una verdadera puñalada por la espalda, la terrible tensión provocada por la ruptura se vuelve casi insoportable al mantenerse y proyectarse en el tiempo debido a que ambos centros se ven forzados a compartir sede en el edificio del museo hasta 1962. Un ejemplo de la muy difícil situación que se vive durante aquellos años puede ser el siguiente oficio enviado por Barradas al Vicesecretario primero del CSIC el 10 de junio de 1958:

“El Alto Estado Mayor Central ha encomendado a este Instituto el estudio estadístico antropológico del soldado español, cuya documentación tiene el carácter de *reservado*, así como la elaboración del trabajo a realizar. Con esta fecha comunico lo anterior al Sr. Director del Museo Etnológico y que con el fin de evitar posibles indiscreciones e incidentes desagradables del personal que tiene a sus órdenes, y poder asumir por mi parte la responsabilidad plena de la reserva que se me ha encomendado, he resuelto dar las órdenes de cerrar los locales de este Instituto excepto las horas reglamentarias de 4 a 8 de la tarde, haciéndose la limpieza por cuenta del mismo²⁷”.

La gravedad de la separación no se limita a la pérdida de la dirección del museo. La ruptura oficial afecta doblemente a Barradas porque a partir de entonces se rompe la asociación existente desde 1910 entre la Cátedra de Antropología y el centro museístico; no sólo porque ya no es una misma persona quien comparte la dirección y la cátedra, sino porque los laboratorios, la biblioteca y las colecciones del centro dejan de ser espacios y materiales libremente accesibles a la cátedra y a los alumnos. De nada sirven los escritos de protesta remitidos a los responsables del CSIC y al ministerio por Barradas, ni los que envía a través del IBS ni los que hace llegar desde la universidad.

A partir de aquel año, la progresiva disolución del IBS en Madrid es irreversible, lo que no impide que trabajen en él (en el ámbito de la antropología física) investigadores de relieve, como el catalán Arturo Valls. Aunque es en 1960 cuando las autoridades del CSIC acuerdan que el Instituto abandone sus dependencias en el museo y pase a ocupar unos locales en la universidad, el traslado no se

27. AGA-EC, 8921.

realiza hasta 1962, momento en el que se produce el cambio definitivo de titularidad del museo, que pasa a depender de la Dirección General de Bellas Artes. Si bien no disponemos de información precisa, parece que la coyuntura resulta tanto o más dramática para Barradas que la vivida diez años antes; incluso intenta trasladar la biblioteca y parte de las colecciones del museo a su cátedra de antropología, aunque no lo consigue (Romero de Tejada 1992: 42). De este modo, en 1962 nuestro protagonista y el IBS se ven inmersos en una situación que, pese a ser perfectamente legal, recuerda mucho a la que padecieran Santa-Olalla y la SEAEP veinte años antes, en 1942, al ser expulsados del museo y desposeídos de sus legítimas propiedades. Tras el “desahucio”, el destino del ya moribundo IBS son unos despachos pertenecientes a la Cátedra de Antropología, situados en el pabellón quinto de la Facultad de Medicina, en la Ciudad Universitaria de Madrid. La jubilación de Barradas en 1970 conduce a la desaparición del instituto.

BALANCE (I). LA OBRA INSTITUCIONAL

No creemos equivocarnos si señalamos que el IBS es el primer centro oficial de carácter estatal (no exclusivamente museístico) creado en España para la investigación etnológica y antropológica. Desde una perspectiva puramente hipotética, el IBS pudo haberse convertido en el eje coordinador de las investigaciones sobre antropología física y cultural (etnología) en España durante la etapa franquista, ya que -pese a las limitaciones presupuestarias- disponía de la base legal e institucional suficiente para ello. Sin embargo, esto es algo que no se produce. Es obvio que el tradicional atraso científico de nuestro país tiene bastante que ver con este fracaso, pero también es notorio que la Segunda República había puesto en marcha importantes medidas paliativas. Desgraciadamente, la guerra y el franquismo destruyen casi todo lo que se había hecho a través de la JAE y retrotraen al país a una época de oscurantismo y miseria intelectual de la que se tarda mucho tiempo en salir.

El aparente interés del estado franquista por crear un “nuevo hombre español” y “mejorar la raza” hace posible en buena medida la creación del IBS, pero con el transcurso del tiempo esta interpretación eminentemente ideológica de la antropología se convierte en un lastre monstruoso para su desarrollo. La derrota del nazismo y de las potencias fascistas, el descrédito de las teorías raciales y el ataque frontal del mundo científico al racismo antropológico y a los postulados eugenésicos destruyen las bases -más hipotéticas que prácticas- sobre las que se había creado el IBS. Es cierto, como después veremos, que Barradas modifica el discurso oficial del Instituto a partir de 1945, insistiendo en el rechazo a cualquier forma de racismo. También es verdad que en los años previos no sale del Instituto ningún texto que defienda la discriminación racial, pero tampoco se publica crítica alguna sobre las investigaciones y las políticas racistas implementadas por la Alemania nazi o la Italia fascista; de hecho, se alaba a sus principales etnólogos y antropólogos, aunque sin ensalzar obras estrictamente racistas.

Aunque el IBS ve reforzada su entidad institucional con la reapertura del Museo Nacional de Etnología y con la puesta en marcha de sendas publicaciones periódicas propias, la presencia a su frente de Barradas no consigue sacarlo adelante de manera eficaz. Como comprobaremos al estudiar

las citadas revistas, en el propio CSIC se crean centros de investigación que arrebatan parte del ámbito investigador que podía haber sido propio del IBS. Pero ésta es sólo una de las causas del fracaso. Pérez de Barradas se queda solo con su proyecto. No consigue nuevos apoyos institucionales pero tampoco es capaz de atraer a los escasos investigadores que podían haber participado en la renovación de los estudios etnológicos en España. En cuanto a la antropología física (y también a la genética), el centro barcelonés anula de forma casi inmediata, por la calidad de sus investigadores, lo poco que pudiera hacerse en Madrid. Barradas se aferra en lo personal a sus estudios americanistas, pero aunque con ellos logra ciertos triunfos personales -no sin problemas, por ser injustamente considerado alguien ajeno al americanismo oficial-, tal orientación no tiene cabida en el IBS y no ayuda a lograr su continuidad. Si a este amplio listado de inconvenientes, errores y contrariedades le añadimos el aislamiento político y científico del país y el exilio de buena parte de la intelectualidad española, es evidente que el momento histórico-político vivido durante los primeros años del franquismo resulta escasamente propicio para el desarrollo de cualquier proyecto científico serio y de calidad.

En conclusión, el principal logro profesional de Pérez de Barradas en el plano institucional es la reapertura del Museo Nacional de Etnología, cuyos déficits y limitaciones no se pueden achacar a su director, sino al desinterés oficial. Por el contrario, la creación del IBS no conduce a la consolidación de institución alguna vinculada con la investigación etnológica o antropológica. El instituto surge y desaparece sin apenas dejar huellas reconocibles, aunque es obvio que su mera pervivencia formal (en Madrid)²⁸ durante casi treinta años, como única institución estatal para la investigación antropológica, lastra de forma muy notable el desarrollo oficial de la investigación etnológica y antropológica en España.

BALANCE (II). LAS PUBLICACIONES PERIÓDICAS DEL IBS

A pesar del negativo balance que se acaba de plantear en el apartado anterior, merece la pena hacer alguna referencia a las dos publicaciones periódicas que Pérez de Barradas consigue sacar adelante, no sin contratiempos y dificultades de muy variada índole.

La primera de las dos revistas del IBS es la titulada *Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología*. Su primer número aparece en 1945, carece de periodicidad fija y de referencia alguna al personal responsable de la edición: ninguna mención hay a director o a consejo de redacción. En principio, Pérez de Barradas -el máximo responsable de la publicación- pretende que se publiquen números dedicados de forma alterna a la etnología y a la antropología (física). Sin embargo, de temática etnológica sólo aparecen tres: el IV (1946), el VI (1948) y el IX (1949). Aunque este último número se publica, como los anteriores, en Madrid, a partir de ese mismo año la edición de la revista se traslada a la Sección de Antropobiología del IBS en Barcelona, con lo que pasa a ser su responsable Santiago Alcobé, desvinculándose de forma definitiva del centro madrileño y de la persona de Barradas. Allí, en Barcelona, y dedicada exclusivamente a la antropología física, se publica bajo la cabecera original hasta el número XVI. Tras la disolución del IBS, cambia el antiguo título por el de *Trabajos de Antropología* y se hace responsable de su edición la Universidad de Barcelona.

28. La Sección de Antropobiología del IBS creada en Barcelona en 1944, y dirigida por Santiago Alcobé, desarrolla una actividad más intensa, centrada, obviamente, en la antropología física. Su desaparición en la década de 1970 se produce sin solución de continuidad mediante su absorción por la Universidad de Barcelona.

Mientras se publica en Madrid, la antropología física domina claramente la línea editorial, pues seis de los nueve números se dedican a esa disciplina. Los artículos son relativamente variados y los estudios se realizan tanto sobre población de la Península como de las posesiones españolas en África, especialmente de Ifni. Publican en la revista algún médico militar, los antropólogos del grupo catalán y el personal dedicado a la antropología física en Madrid. Los números dedicados a la etnología contienen trabajos de muy diferente calidad. Los más relevantes son sin duda los redactados por Julio Caro Baroja, en concreto su "Contribución al estudio de los ritos clásicos conservados hasta el presente en la península ibérica" (nº IV, 1946) y "Sobre la religión antigua y el calendario del pueblo vasco" (nº VI, 1948). Pérez de Barradas no publica ningún artículo de temática antropológica, aunque sí participa en la revista con un par de textos breves: unas páginas sobre el recién reformado Museo de Etnología (nº IV, 1946) y una semblanza de Hubo Obermaier (nº VI, 1948), sobre la que merece la pena que nos detengamos.

Aunque se imprime dos años después de la muerte de quien fuera su maestro, el mero hecho de que se edite una nota necrológica sobre un personaje como Obermaier, denostado y vilipendiado por algunos de sus ex-alumnos españoles y no especialmente simpático al nuevo régimen, es ya un hecho destacable. Lo son más aún las últimas líneas del texto: "Descanse en paz el profesor Obermaier, catedrático ejemplar, sabio maestro, amigo bondadoso, investigador infatigable... y, sobre todo, hombre bueno, al que no rindieron ni los halagos, ni las adversidades, ni la vanidad". ¿Es sincero este sentimiento de Barradas? Es difícil asegurarlo, dado el carácter inestable de nuestro personaje. Su diario nos ofrece algunos datos. Aunque Obermaier fallece el 12 de noviembre de 1946, su estado de salud es crítico durante algún tiempo, lo que hace que circulen rumores sobre su muerte varios meses antes del óbito. En el mes de abril informan a Barradas de que se ha producido el fallecimiento. El día 12 rememora a Obermaier en su diario y aunque anota un peripatético "que Dios le perdone", también escribe que "todo lo que soy se lo debo a él". Sin embargo, días después, el 27 del mismo mes, se entera de que no ha muerto. La buena nueva parece fastidiarle: anota que el bávaro ha dejado un "mal recuerdo" en España, que fue un "mal bicho" y que "hasta para morir está dando guerra". Finalmente, cuando se confirma su fallecimiento, se limita a recoger el hecho en su diario, sin comentarios. Es obvio que en éste como en otros muchos casos la singular personalidad de Barradas hace posible que en un cortísimo lapso de tiempo sus opiniones -o lo que de ellas sabemos por su diario- varíen de forma aparentemente radical. Sin embargo, lo que sí debemos destacar es que su actitud respecto al maestro no se parece en nada a la de Santa-Olalla. Éste no sólo hace lo imposible para que Obermaier no retome la cátedra, sino que tras su renuncia pone todo su empeño en borrar la figura del alemán de la historia de la investigación prehistórica y arqueológica en la universidad madrileña. De hecho, en ninguno de los artículos que Santa-Olalla publica en la década de 1940, en los que describe las labores del seminario de Historia Primitiva del Hombre, se menciona en momento alguno que su fundador fue precisamente Obermaier. ¿Por qué decide Barradas elogiar en letra impresa a su antiguo maestro? Seguramente se conjugan los mismos factores que mencionamos al reseñar su alabanza pública del doctor Velasco: un fondo

sincero de reconocimiento y agradecimiento a quien le introdujera en el mundo de la arqueología paleolítica cuando era poco más que un chaval y, aún más importante, el deseo de fastidiar a su extensa cohorte de enemigos -con Santa-olalla al frente-, para quienes Obermaier era auténtica letra muerta en la arqueología y la antropología de la nueva España.

El trasvase de los *Trabajos* a Barcelona debió de hacerse con el acuerdo de que el centro de Madrid editaría de forma inmediata una nueva revista, y esto es efectivamente lo que ocurre. En el mismo año de 1949 en el que se produce el cambio, Pérez de Barradas asume la publicación de la revista *Antropología y Etnología*, que ve la luz hasta 1961. En principio, se pretende que tenga carácter semestral, si bien el ritmo de publicación se altera en algunos números. Aunque no se menciona consejo de redacción alguno, sí se indica desde el primer número de la revista que su director es Barradas.

Al igual que en los *Trabajos*, en la nueva revista sigue dominando la antropología física sobre la etnología, aunque la distancia entre ambas es ahora ciertamente menor. El primer número contiene una presentación muy poco original firmada por Barradas, en la que se confirma que los fines de la revista coinciden casi punto por punto con los anotados en el decreto fundacional del IBS y que su objetivo esencial es "intentar una aproximación entre los especialistas españoles dedicados a la Antropología teológica y filosófica y los que estamos consagrados al estudio de la Antropología científica, lo cual pudiera dar lugar a una colaboración que facilite el estudio unitario del Hombre o, como quiere el profesor Imbelloni, la creación de un nuevo Humanismo"²⁹. Afortunadamente, esta difusa y pseudo-existencialista concepción de la antropología -típica de la débil teorización antropológica de Barradas- no se proyecta de facto sobre los contenidos de la revista.

Al margen de las reseñas bibliográficas, se publican en total 42 artículos vinculados con la antropología física, 24 con la etnología y 10 con la arqueología prehistórica. No obstante, la relativamente importante presencia de la etnología tiene una limitación: la gran mayoría de los trabajos publicados son de carácter americanista, incluidos varios firmados por Barradas, entre ellos su extenso estudio sobre "Drogas ilusionógenas de los indios americanos" (vol. 3, 1950). También tiene eco en la revista la polémica sostenida con Juan Comas a costa del libro de Barradas sobre *Los mestizos de América* (vol. 4, 1951) e igualmente responde Barradas desde sus páginas a una reseña crítica sobre su obra *Los muiscas antes de la conquista* (vol. 6, 1952); curiosamente, en el mismo número se edita un artículo del autor de esa reseña sobre otro ámbito temático, circunstancia que parece apuntar hacia una cierta apertura y tolerancia de la revista y de su director. También se publican en los dos primeros volúmenes sendos trabajos de etnología colonial africana con un marcado fondo racista, algo que no se vuelve a documentar. Pero lo más llamativo en relación con el ámbito de la etnología es que sólo se edita una pequeña nota referida al territorio español, firmada por Nieves de Hoyos, hija del antropólogo Luis de Hoyos. Al margen de que Barradas no siente especial predilección por la etnología española, esta significativa ausencia se puede explicar por el hecho de que en el propio seno del CSIC existe, desde 1944, una muy importante revista especializada en la etnografía y el folklore peninsulares, la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares (RDTP)* fundada por Vicente

29. El antropólogo italo-argentino José Imbelloni es el introductor de la antropología morfológica en Argentina; aunque publica interesantes estudios sobre folklore, su obra antropológica está marcadamente influida por las tesis de los antropólogos racialistas alemanes de la década de 1930, algunos de los cuales (como Egon Freiherr von Eickstedt) contribuyen de forma directa a la articulación de las leyes y prácticas racistas durante el Tercer Reich.

García de Diego, que publica la práctica totalidad de las investigaciones relevantes sobre etnología española.

Durante sus doce años de vida, apenas si se hace eco la revista de los avances y de las publicaciones internacionales sobre etnología o la moderna antropología social. Sólo aparece una reseña de Pérez de Barradas, informativa y no crítica, sobre la edición española de *Una teoría científica de la cultura*, de B. Malinowski (vol. 3, 1950) y dos más, de distinto autor, sobre *Social Anthropology*, de Evans-Pritchard (vol. 8, 1953) y *Penny Capitalism*, de Sol Tax. Tampoco se reseñan obras de etnología española, tan sólo algún libro de Caro Baroja.

Como he anotado en otro lugar (Sánchez Gómez 1994: 82), la revista *Antropología y Etnología* no logra consolidarse como una publicación de referencia en sus ámbitos de estudio. El principal escollo lo tiene en el propio carácter y en las limitaciones científicas del centro editor, el IBS. Además, se encuentra notablemente constreñida en su ámbito temático dentro del propio CSIC: la citada *RDTP* acoge a la etnología peninsular (con presencia también de la americana); la *Revista de Indias* domina el ámbito americanista; y, por último, los propios *Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún*, tras su trasvase a Barcelona, acaparan la mayor parte de la producción en antropología física. Todo ello da como resultado que el impacto de la revista en los medios académicos contemporáneos sea prácticamente nulo, borrándose de forma dramática cualquier posible recuerdo de la publicación tras su desaparición. Pese a todo, hemos de reconocer que dio a conocer algún trabajo que aún hoy puede resultar de interés para el investigador.

BALANCE (III). LA OBRA ANTROPOLÓGICA Y ETNOLÓGICA DE JPB

Aunque pueda parecer una incongruencia o una contradicción, el catedrático de antropología que fue Barradas nunca se sintió antropólogo; de hecho, en su diario comenta en más de una ocasión lo poco que le interesa y lo poco que le atrae la antropología física. No extraña, por tanto, que sus publicaciones sobre antropología física sean escasísimas: un par de artículos breves sobre restos de época visigoda, alguno más sobre cráneos de San Agustín (Colombia) y otro sobre esqueletos de la Cueva de la Pileta (Málaga), todos aparecidos antes de 1941, a los que habría que sumar algún breve trabajo sobre biotipología y un estudio sobre “herencia y constitución” entre enfermas diabéticas escrito en colaboración con Blanco Soler. No parece que ninguno de estos temas de investigación le resulte especialmente atractivo a Barradas. Su mayor empeño en el ámbito de la antropología física es el *Manual* de 1946, que luego comentaremos.

El segundo campo que forma parte de los intereses académicos del IBS, la etnología, tampoco se sitúa en el eje de la actividad investigadora de Pérez de Barradas. Su presencia es no obstante más visible que la de la antropología física, tanto por la redacción de algunos artículos y libros de carácter teórico, de orientación más divulgativa que especializada, como, y muy especialmente, por sus intereses americanistas. De todas formas, la proyección americanista de la obra de Barradas es esencialmente arqueológica y etnohistórica, con una muy limitada orientación etnológica. Sus aportaciones más relevantes no americanistas son los dos extensos artículos sobre “El color en el

arte y en la vida de los pueblos" (su tesis doctoral en ciencias), de 1933, el libro *La familia* (1941), la *Guía del Museo Etnológico* (1947) y un par de artículos breves sobre "Problemas actuales de la Antropología" (1938) y "Antropología y Etnología" (1949). En definitiva, Barradas fue y se sintió básicamente arqueólogo paleolitista durante las décadas de 1920 y 1930; luego, su interés se volcó hacia la arqueología y la etnohistoria americanas, esencialmente en el ámbito colombiano. Las restantes disciplinas y actividades -la etnología general, la antropología física, la museografía y la docencia- fueron complementos económicos y de prestigio tan necesarios para su supervivencia material y político-social como prescindibles en sus más íntimos proyectos de satisfacción personal. Pero debemos hablar de ellos.

Ya hemos anotado que cuando Barradas regresa a la Península a comienzos de 1939 tiene unos objetivos muy claros. Lo principal es acceder a la dirección del antiguo Museo Antropológico y conseguir la Cátedra de Antropología. Como también vimos al estudiar un informe, sin fecha, sobre el futuro de dicho museo, es muy probable que Barradas pretendiera vincular sus intereses americanistas con la reorientación del museo hacia el ámbito ultramarino de las antiguas colonias. Esto le habría permitido desarrollar sus estudios colombianos en un contexto académico-profesional mucho más equilibrado. Como los planes de las autoridades frustran tales expectativas, Barradas se ve forzado a rentabilizar su actividad a través del IBS, lo cual, si bien le permite consolidar su situación personal, le obliga a interesarse por cuestiones que quizás no son las que más le atraen, aunque es cierto que el contexto general en el que se articulan no está demasiado alejado de lo que Barradas piensa y siente. El problema es que se ve inmerso en cierta dispersión académico-profesional y que son precisamente sus estudios americanistas los únicos que ha de desarrollar sin un respaldo institucional que resulte perfectamente diáfano. Así, en el ámbito de la cátedra se limita a impartir clases de antropología (física), psicología experimental y, parece que también durante algún tiempo, psicología (general), además de a redactar y publicar su *Manual de antropología* (1946). Dentro del IBS, tiene que asumir dos frentes: poner en marcha el museo (tarea que lleva felizmente a término) y llenar de contenidos el ámbito investigador propiamente dicho. Es este último territorio el que le conduce a contextos y situaciones menos brillantes y más ideológicamente comprometidas, aunque con matices, como seguidamente comprobaremos. Pero antes de estudiar qué entiende Barradas por antropología y etnología y qué planes de investigación diseña o pone en práctica en el IBS, es necesario hacer una breve referencia a sus dos principales aportaciones escritas en esos dos ámbitos de conocimiento.

Su libro *La familia*, aparecido en 1941, es el primer y único "manual del Museo Etnológico", una serie que Barradas debió de diseñar, al menos sobre el papel, antes de la creación del IBS. Se trata precisamente de eso, de una síntesis de las obras clásicas sobre antropología de la familia, estructurada de acuerdo con los famosos ciclos o círculos culturales de la Escuela histórico-cultural, aunque, en realidad, tiene un marcado fondo evolucionista; además, aunque considera erróneas y anticuadas las aportaciones del evolucionismo, Barradas reconoce que éste "contribuyó a poner un poco de orden" en el estudio de los pueblos "primitivos". El libro incluye muy escasas aportaciones

personales del autor, concentradas básicamente en el último capítulo: “El porvenir de la familia”. En estas páginas, Barradas deja completamente de lado el análisis etnológico y opta por desarrollar un discurso político ultraconservador para mayor gloria del nuevo orden social. Al tiempo que reproduce extensos fragmentos de la muy conservadora encíclica *Casti Connubii*³⁰, despliega los más manidos, reaccionarios y machistas tópicos sobre la familia cristiana, el aborto, el “libertinaje”, las uniones no matrimoniales, los deberes de la mujer, su “absurda emancipación”, los derechos del marido, etc. En una anotación de su diario (14 de noviembre de 1940: 90), asegura Barradas que la primera versión de esta obra data de 1931, texto que supuestamente amplía durante su estancia en Colombia. Es muy posible que así fuera, y que precisamente el capítulo que acabamos de citar fuera redactado en el contexto de los primeros cambios introducidos por la Segunda República en relación con la regulación del matrimonio y la transformación de la condición social, económica y política de la mujer. En todo caso, y por si las palabras de Barradas no fueran suficientes, el libro se cierra con un breve e impagable anexo sobre “El matrimonio cristiano” escrito por el inefable Fr. Justo Pérez de Urbel, amigo personal de Barradas y miembro del “grupo de Burgos” que al menos durante los primeros años cuarenta se reúne en un café de Madrid con la presencia de, además de los dos citados, Santa-Olalla, Guillermo Alonso del Real, su hermano Carlos y otros.

El segundo libro que debemos mencionar es el *Manual de Antropología* (1946). Aunque su redacción tiene una justificación académica evidente, dada la carencia de obras recientes de síntesis en español, lo cierto es que Barradas se decide a escribirlo, inicialmente, por razones pecuniarias, tras haber gastado las cincuenta mil pesetas del premio Francisco Franco de 1942. También es verdad que al hacerlo se suma a una especie de norma no escrita según la cual los catedráticos de antropología -al tiempo directores del Museo Antropológico- deben redactar un manual u obra general sobre la materia, algo que habían hecho previamente tanto Manuel Antón como Francisco de las Barras. En el caso de Barradas, transcurren tres años desde su comentario del proyecto en el diario hasta la publicación del libro. Aunque no deja de tener problemas para cobrar de los editores, es de suponer que la obra se vendiera bien, dado el elevado número de alumnos matriculados en sus asignaturas, procedentes tanto de la Facultad de Ciencias como de la de Medicina. En cualquier caso, el texto no es sino una refundición de manuales extranjeros y de algún escrito español; de hecho, en su diario asegura que son los “apuntes corregidos y aumentados” y que “hacer una obra de altos vuelos hubiera sido una torpeza”, dado el bajo nivel de los estudiantes (22 de abril de 1945: 138). Poco después asegura que “en fondo y forma es lamentable” (18 de mayo de 1945: 73), aunque dos días más tarde, con el original concluido, dice estar “contento” con el resultado (20 de mayo de 1945: 78). Cuando por fin se publica, vuelve a manifestar su satisfacción, aunque también reconoce que la parte descriptiva es “francamente mala” (7 de marzo de 1946: 12). El esfuerzo de síntesis realizado por Barradas es notable, pero el libro presenta errores y problemas de interpretación notables, debido sin duda a que nunca apreció esa materia y a que, de hecho, había obtenido la cátedra no de forma espuria, pero sí careciendo de un currículo en el ámbito de la antropología física que lo justificase. Aunque con algún retraso, el libro de Barradas es reseñado de forma marcadamente crítica, y acertada, por

30. Promulgada por Pío XI con fecha de 31 de diciembre de 1930.

el antropólogo español, exiliado en México, Juan Comas³¹, quien también redacta un comentario muy negativo sobre *Los mestizos de América*, donde al margen de otras cuestiones acusa a Barradas de defender posiciones racistas. Que nuestro protagonista tenía poco que alegar a los comentarios sobre su *Manual* lo demuestra el hecho de que centrara sus artículos de réplica a Comas en el tema americanista³².

Pasemos ya a estudiar los proyectos de investigación articulados por Barradas en las instituciones que dirige. Ya hemos comprobado que entre 1940 y 1944 el discurso oficial en el seno del IBS tiene un fuerte componente racial, haciéndose mención de forma reiterada a temas como la “degeneración racial”, la “mejora del hombre español”, “problemas de la herencia”, etc. ¿Por qué tanto interés por estas cuestiones? A pesar del marcado carácter conservador de la ideología de Pérez de Barradas, en ninguna de sus publicaciones anteriores a la guerra se atisba preocupación alguna por la “raza” y menos aún por la presunta degeneración de la “estirpe racial” española. Es cierto que entre 1939 y 1942 las pseudoantropologías raciales que se practican en la entonces triunfante Alemania nazi encandilan a más de un antropólogo racista. Sin embargo, el racismo antropológico no surge en esos años, es mucho más antiguo y precisamente había adquirido en las décadas de 1920 y 1930 proporciones más que considerables. Sin embargo, en aquellos años Barradas es ajeno a tales cantos de sirena.

Son varias las circunstancias y condicionantes que alimentan ese aparente interés de nuestro protagonista por las cuestiones vinculadas con la “mejora racial” en los primeros años cuarenta. En primer lugar, es evidente que la terrible coyuntura que se vive en Europa tiene que forzar a casi cualquier filósofo o científico a reflexionar sobre la guerra, la política, sobre las causas que han dado origen a tal catástrofe, sobre el significado de ser ciudadano europeo y, en definitiva, a interrogarse por el “destino del hombre”. Un sentimiento de fracaso ante el futuro de Europa, sea cual fuere el resultado de la guerra, está presente en muchos contemporáneos, especialmente si no se es un nazi, un fascista o un comunista al ciento por ciento, incapaz de ver más allá del propio brazo extendido, sea el izquierdo o el derecho, con la mano abierta o con el puño cerrado. La búsqueda de vías para la superación de tan tremendos dilemas corre por caminos muy diversos, lo que conduce a pretendidas fórmulas de resolución tanto o más variadas. Sin embargo, es evidente que otros muchos autores consideran que Occidente se encuentra en crisis ya antes del estallido de la guerra mundial, y que este conflicto no habría sido sino la consecuencia de esa crisis y, al mismo tiempo, el modo de reconducir la historia de Europa. En principio, da la impresión de que Barradas participa de esta interpretación, con lo que la propia Guerra Civil de 1936 habría sido en realidad la consecuencia de ese estado de decadencia y el medio a través del cual se podría haber alcanzado alguna solución en el ámbito doméstico. De todos modos, ni en su diario ni en las publicaciones previas al conflicto hace mención expresa a tal consideración, aunque sí muestra de forma reiterada el odio y desprecio que siente ante la República y los “rojos”.

No creo equivocarme al afirmar que es en buena medida el carácter oportunista de Barradas el que le conduce a plantear las cuestiones vinculadas con la “mejora racial”, que en principio son las que

31. La reseña se publica originalmente en la revista mexicana *Ciencia*, 8 (1949), p. 277-278. Curiosamente, la SEAEF (es decir, Santa-olalla) la reproduce inmediatamente en su órgano de expresión –*Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 24 (1949) p. 104-109–, con el evidente y único objeto de hacer daño a su archienemigo Barradas. En una carta a Pérez de Barradas, fechada en México a 19 de abril de 1953, Comas se reafirma en sus críticas y en las que también había dirigido al libro *Los mestizos de América*, y le informa de que nunca dio permiso para que la reseña del *Manual* se publicara en la citada revista española (Museo de los Orígenes FD 2005/1/816).

32. Villarias Robles (1998) estudia con detalle la polémica sostenida entre Barradas y Comas.

parecen encajar mejor con el contexto filo-fascista y filo-nazi de los tiempos que corren en la nueva España de la más inmediata posguerra. Es cierto de todos modos que su acercamiento y reivindicación de la obra de determinados autores alemanes, italianos y franceses le vincula claramente con las antropologías (y las prácticas “médicas”) racistas puestas en práctica en uno de los momentos más terribles de la historia de Europa, y esta circunstancia no puede obviarse. Sin embargo, también es evidente que Barradas se sitúa en una posición caracterizada por un cierto diletantismo teórico, sustentada por un presunto existencialismo filosófico de orientación aparentemente pesimista. Ni en sus escritos ni en su diario hace apología del racismo, aunque es verdad que en ocasiones introduce algún comentario poco respetuoso sobre los “indiecitos” o los judíos. En otros momentos explicita su rechazo al racismo, tanto el político como el antropológico, y esto ocurre ya en los primeros años cuarenta, mucho antes de que se pueda adivinar la derrota nazi. Luego, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, y vencidas las potencias fascistas, el discurso antropológico de Barradas se modifica de forma parcial. Son dos los nuevos elementos que entran en juego: el rechazo explícito y contundente del racismo antropológico y la constatación del terrible poder destructivo del hombre. Es entonces cuando Barradas reconduce su interpretación de la antropología (y de la etnología), apoyándose de manera algo más notoria -aunque sin profundizar nunca en ello- en esas citadas formas de pensamiento filosófico, como el existencialismo, que une a planteamientos médicos y pseudo-antropológicos que había manejado ya con anterioridad, en especial los de Alexis Carrel³³. Desaparece de su discurso la idea de la “mejora de la raza española”, que es sustituida por la de profundizar en el conocimiento íntegro del “Hombre”, para comprenderle en toda su complejidad y poder evitar así tanto su progresivo deterioro vital y emocional como el que se pueda producir una nueva y definitiva hecatombe mundial. Su argumento es que “pese a todos los fantásticos adelantos de nuestra época el Hombre no sólo no ha mejorado biológica y espiritualmente, sino que cuando ha tenido posibilidad ha mostrado una maldad inaudita e inconcebible” (Pérez de Barradas 1949: 9). Y sigue:

"La preocupación actual respecto al Hombre es, por una parte, pesimista y atea, es la desesperación de la bestia herida y el reconocimiento de la impotencia y de la nada [...]. El primer paso para su rehabilitación es el reconocimiento humilde de no ser ni dueño del mundo ni de su destino, puesto que la trasgresión de las leyes biológicas y morales tienen [sic] su castigo en la degeneración de los individuos y de los pueblos. Es saludable el que el Hombre se preocupe de que, pese a sus progresos técnicos, se automatiza y se embrutece, y más saludable aún el reconocimiento de que su salvación son los valores eternos. La Antropología filosófica nos lleva al fracaso cuando se aleja de la Antropología teológica (Pérez de Barradas 1949: 12)".

Según Barradas, son varias las ciencias encargadas del estudio del “Hombre”, pero falta un conocimiento unitario. Ésta es la tarea que le incumbe a la antropología, pero hasta ahora no se habría podido alcanzar dicho conocimiento por la desconexión existente entre las tres orientaciones básicas de esa disciplina: la científica, la filosófica y la teológica.

33. Según anota en su diario, Barradas lee por vez primera la principal obra de Carrel, *La incógnita del hombre*, en su regreso a la Península desde Canarias, en enero de 1939 (13 de enero de 1939: 4).

Antes de abordar lo que entiende por las “auténticas” antropología y etnología “científicas”, resultará útil conocer su opinión acerca del desarrollo histórico inmediato de ambas disciplinas. La que denomina “antropología clásica”, la de corte evolucionista, erró tanto al considerar que el hombre debía ser estudiado “como una especie animal cualquiera” como por defender su evolución desde formas no humanas. Por lo que se refiere a la etnología, rechaza los presuntos “excesos” derivados tanto de la obra de Durkheim como de la de Malinowski, aceptando únicamente como válida la interpretación que de esta disciplina hace la Escuela histórico-cultural. En realidad, creo que es ésta la corriente investigadora que verdaderamente atrae a Barradas dentro del complejo mundo de la antropología y la etnología germanas (y austriacas) del período de entreguerras; los médicos y antropólogos físicos racistas alemanes son, quiero insistir en ello, una mera herramienta a la que recurre para construir su futuro profesional, opción interesada que no por ello deja de ser manifiestamente reprochable.

Con tales planteamientos, los objetivos que debe alcanzar la antropología “científica” serían los siguientes:

“La misión de la Antropología actual es echar los cimientos de un nuevo “Humanismo”, basado no en el estudio del Hombre contemporáneo, ni el que podemos conocer por los clásicos griegos y romanos, sino por todo el conjunto de la Humanidad. En cuanto al problema biológico, la Antropología aspira a conseguir un conocimiento exacto del Hombre, tanto más urgente cuanto que desaparecen las razas primitivas ante nosotros por las colonizaciones, las guerras, las enfermedades y el mestizaje (Pérez de Barradas 1949: 16-17)”.

Por lo que se refiere a la etnología (y citando al antropólogo italo-argentino José Imbelloni) asegura que:

“(…) es la ciencia de nuestro tiempo, puesto que su fin es comprender lo que es la vida humana en todo su conjunto e historiar la gigantesca lucha del hombre para conocer y conquistar los valores eternos, con sus paradas, fracasos y caídas. La Etnología tiene por fin el establecer con precisión y amplitud en qué consiste lo humano, huyendo de explicaciones racionalistas, artificiales y engañosas o de un apostolado en favor de determinada idea, como por ejemplo el materialismo histórico y el progreso indefinido (Pérez de Barradas 1949: 17)”.

En resumen, Pérez de Barradas concibe la antropología como la ciencia general del hombre que, a su vez, reúne tres disciplinas fundamentales: antropología física, etnología y paleontología (prehistoria). La etnología quedaría definida como “el estudio de las manifestaciones culturales del hombre, consideradas en su conjunto como obra del espíritu” (Pérez de Barradas 1946: 32). En cuanto a la metodología a seguir, la conclusión es clara: “las teorías evolucionistas y materialistas han sido abandonadas y sustituidas por el método histórico-cultural, fundado especialmente por F[ritz] Graebner, B[ernhard] Ankermann, W[ilhelm] Foy y W[ilhelm] Schmidt” (Pérez de Barradas 1941: 19).

EL DIARIO

En las páginas que anteceden he tratado de esbozar un análisis de las diferentes tareas realizadas por José Pérez de Barradas en los ámbitos de la etnología y la antropología física entre 1939 y 1952. Aunque se ha citado en alguna ocasión información procedente de su diario personal, lo cierto es que el material entresacado de esta singular fuente documental ha sido escaso, por lo que su exclusión no habría alterado de forma sustancial ni el relato ni el análisis realizado. Sin embargo, he de reconocer que un trabajo detallado con ese diario y su utilización preferente como guía en el estudio de la vida y la obra de Barradas permitiría articular un ensayo de carácter parcialmente diferente al que aquí se presenta. Obviamente, con ello no se habrían de modificar ni la caracterización ni la valoración última de su obra antropológica, tanto personal como institucional, pero sí nos permitiría comprender mejor los contextos personal, científico y político en los que toda esa labor se desarrolla. Las miserias moral, económica e intelectual de la época se presentan con toda su crudeza en ese diario; pero, sobre todo, éste nos muestra los muy peculiares rasgos de la personalidad de Barradas: sus recelos, intrigas y manías, aunque también su pasión por la lectura, su melomanía y su afán en buena medida frustrado por “sentir” y disfrutar la vida lo más intensamente posible.

El ajustado margen de tiempo disponible para la redacción de este artículo me ha impedido no sólo revisar la totalidad del diario, sino el poder utilizarlo de forma integrada en el presente trabajo. De hecho, sólo he podido leer las anotaciones comprendidas entre finales de 1938 y 1947 -sin detenerme siquiera en los meses que Barradas pasa en Colombia al principio y al final de ese periodo- y las correspondientes a 1952, que se extienden únicamente a los meses de septiembre a diciembre; en total, he accedido al contenido de veintiún cuadernillos³⁴.

Escribir un diario, hacer anotaciones casi todos los días y mantener la actividad durante treinta años son tareas que, al margen de cualquier reflexión científica, me resultan difíciles de entender y explicar. Además, si lo que en él se anota tiene el detalle y, sobre todo, el carácter tan íntimo y aparentemente desinhibido de lo que se recoge en el diario de Pérez de Barradas, las razones que pueden llevar a una persona a su redacción me resultan casi inexplicables, aunque, seguramente, esas razones existen. En el caso que nos ocupa, todo parece indicar que su autor quiere dejar constancia de todos, o casi todos, los factores y condicionantes personales, familiares, profesionales y socio-políticos que determinan o, al menos, condicionan severamente lo que hace y lo que es³⁵. Por supuesto, Barradas anota aquello que considera relevante, pero lo cierto es que parece recoger prácticamente todo y lo hace de un modo que suena harto sincero; tanto, que nadie o casi nadie, ni siquiera él mismo, queda a salvo de las más severas críticas y hasta de los insultos. Otro dato que llama poderosamente la atención es que pese -o quizás por- esa extrema sinceridad, pese a anotar cuestiones muy íntimas, Barradas tiene intención de que el diario se conozca, se lea e incluso se publique después de su muerte. He aquí tres manifestaciones al respecto: “[debo escribir un] diario ferozmente sincero para que lo publiquen mis nietos” (18 de octubre de 1940: 44); “Estoy convencido de que este diario aparecerá mañana como el diario de un loco” (13 de julio de 1941: 68); el diario

34. El diario es mucho más extenso: son varias decenas de cuadernillos con anotaciones que se extienden entre 1918 y 1965. Sin embargo, como escribe Barradas el 1 de mayo de 1946, las entradas diarias propiamente dichas comienzan sólo a partir de 1937, durante su primera estancia en Colombia. Es en 1946 cuando se decide a recoger por escrito los recuerdos anteriores a su primer viaje a Colombia.

35. En una extensa y muy interesante entrada, correspondiente al 5 de septiembre de 1952 (p. 5-9), Barradas explica con detalle las razones que le llevan a mantener tan íntimo diario, que se pueden resumir en la idea de hacer de él “un espejo” que refleje su vida con toda su crudeza, de forma “ferozmente sincera”.

“justifica [...] cómo, cuándo y por qué he estado loco [...] porque lo he estado” (enero de 1946, resumen del año 1945: 41).

Pese a que no puedo extenderme mucho más sobre el tema y aunque también es evidente que no tengo capacitación para hacer evaluación psicológica alguna, no me resisto a escribir unas líneas sobre el Pérez de Barradas que nos muestra su diario y sobre las circunstancias en las que desarrolla su vida profesional durante los primeros años de la posguerra. Lo primero que salta literalmente a la vista es que su carácter personal alterna de forma casi aleatoria entre la neurastenia y la irascibilidad. A largas fases de abatimiento e inactividad le siguen breves etapas de euforia, que desaparecen tan pronto y de forma tan aparentemente inexplicable como habían surgido. Como parece anotar casi todo lo que piensa y siente de forma prácticamente inmediata, nos encontramos con tajantes afirmaciones que se contradicen de forma no menos contundente al cabo de los pocos días, o incluso de un día para otro. Su forma de entender el complejo mundo de las relaciones sociales (personales, laborales, políticas, etc.) se fundamenta en la noción de que nada se consigue simplemente con el mérito y el esfuerzo personal sinceros. La intriga es el camino. Se ha de intrigar tanto para encontrar y mantener los apoyos personales y políticos necesarios, como para deshacerse de los enemigos o de los obstáculos que impiden alcanzar el objetivo proyectado. Sin duda, este modo de conducirse no es exclusivo de Barradas ni del contexto espacio-temporal del Madrid de la posguerra: hoy sigue tan vivo como casi en cualquier otra época. Sin embargo, es muy probable que en aquellos terribles años de miserias la lucha por la supervivencia exigiera, o forzara, a muchos a recurrir a comportamientos que deberíamos considerar poco éticos. No acuso de falta de ética a Barradas, pero quien lea su diario durante, al menos, los primeros años de la posguerra, habrá de quedarse sin duda impresionado por el ambiente que se respira, por decirlo de un modo muy suave. Vemos algunos ejemplos.

Aunque su acceso a los distintos puestos de responsabilidad en el antiguo Museo Antropológico parece que es tarea rápida y fácil, a Barradas le resulta mucho más complicado conseguir la cátedra de antropología. De hecho, la obtiene por oposición, aunque sólo se enfrenta a un rival, Santiago Alcobé. Y como son dos plazas las convocadas, resulta bastante evidente que, salvo cataclismo inesperado, los dos candidatos habrán de ser aprobados, como efectivamente ocurre. Al quedar primero Alcobé, opta en primer lugar y lo hace por Barcelona; Madrid queda para Barradas. Pese a que el panorama parece bastante claro, Barradas no cesa de intrigar de todas las formas posibles, pues teme seriamente ser suspendido: “Ten presente, querido Pepe [se dice a sí mismo en el diario], que como te descuides viene de Catedrático de Antropología un tipo cualquiera, que te echa del Antro[pológico], que se apodera de tus proyectos y que te manda a un rincón. [...] Despierta antes de que sea tarde y te quedes en igual situación que estabas en 1936. Desconfía de todos, que son tus amigos cuando estás arriba y tus enemigos cuando estás abajo” (2 de octubre de 1940: 22-23). Se propone “fastidiar políticamente” a su contrincante (21 de octubre de 1940: 59) y, como durante unas semanas no se siente con ánimos para trabajar en los temas de la oposición -aunque al final sí lo hace- llega a afirmar lo siguiente: “Sigo sin hacer nada para las oposiciones, pero lo esencial es la intriga en el ministerio; la ciencia después de todo importa poco” (26 de octubre de 1940: 60).

Sin embargo, cuando se publica la composición del tribunal -cuestión en la que parece que sus intrigas no consiguen nada-, Barradas se exalta y escribe: "No me contento con mis proyectos de etnología y prehistoria sino que ahora *quiero* hacer una antropología nacional, invadir el terreno de [sic] Medicina y con todas las orientaciones modernas hacer y guiar el estudio del hombre español" (28 de marzo de 1941: 10). La oposición resulta dura, y más aún si tenemos en cuenta los graves problemas económicos de nuestro protagonista, que llegan al extremo de recibir una notificación de desahucio de la casa que habita con su familia una semana antes del comienzo del primer ejercicio, que se celebra el 31 de octubre de 1941.

Precisamente las miserias del Madrid de la posguerra y las graves dificultades económicas por las que atraviesa Pérez de Barradas y su familia durante la década de 1940 son, junto con las variaciones en el estado de ánimo de nuestro protagonista, las cuestiones que adquieren mayor relevancia en el diario. Una anotación no deja lugar a dudas sobre algo que, aunque ya nos es bien conocido, no deja de resultar impactante: "Hay hambre de verdad en Madrid" (17 de enero de 1941: 188). La carestía generalizada, la escasez y el mercado negro son tan agobiantes como omnipresentes, y el nuevo Estado no resuelve nada: "La revolución N[acional]S[indicalista] no aparece por ningún lado, todo es blandura con los rojos y estraperlo" (18 de octubre de 1940: 39). Y hay más: "Cómo ha llegado a estar la vida que yo, a pesar de lo sabote y personajillo que soy (el antropófago nacional), envidio a un pobre secretario de pueblo porque tiene su casa bien ordenada y porque come muy bien" (20 de octubre de 1940: 52)³⁶. Las dificultades económicas hacen que Barradas escriba cosas realmente llamativas: "Me viene a la idea de que [sic] una vez que gane la cátedra de Antropología entonces hacerme médico y ver de ganar dinero sustituyendo a Marañoñ con todas esas cosas de endocrinología que son de mi gusto" (2 de febrero de 1941: 13). Parece que la afirmación no es ninguna *boutade*, sobre todo teniendo en cuenta el interés que en esa época muestra nuestro protagonista por la endocrinología.

Durante estos primeros años cuarenta son innumerables las anotaciones del diario en las que Barradas asegura estar "sin un céntimo", y la verdad es que la familia tiene severos problemas económicos, viéndose obligados a empeñar todo tipo de objetos, incluso la ropa de abrigo. Es cierto que la vida estaba muy cara y que los sueldos eran bajos, pero da la impresión de que Barradas quiere vivir al día, no teniendo reparo alguno en comprarse libros o discos siempre que puede, en disfrutar de alguna que otra juerga, en regalar enormes ramos de flores a su mujer o en acudir ambos al cine cuando disponen de algo de dinero en el bolsillo³⁷. Pero las pesetas se acaban pronto y los problemas vuelven a comenzar. ¿Ganaba Barradas realmente poco en esos primeros años cuarenta? En una anotación del 14 de febrero de 1941 (p. 38), en la que resume cómo transcurrió el año anterior, indica que recibió gratificaciones -no se trata propiamente de salarios- de cuatro instituciones: nueve mil quinientas pesetas del Museo Prehistórico Municipal, seis mil del Museo del Pueblo Español, siete mil doscientas de la universidad y cinco mil del Museo Etnológico, a las que se suman cuatrocientas ochenta del subsidio familiar³⁸. A esas 28.180 pesetas deben de sumarse otros ingresos más o menos extraordinarios, dado que en otro lugar del diario señala que durante ese mismo año de 1940 ha ganado en total cuarenta mil pesetas, gastadas "casi exclusivamente en comer" (1 de enero de

36. El secretario es el de Fresno de Cantalpino, en Segovia, y la situación, muy cercana a la que presenta la película de Berlanga *¡Bienvenido, Mr. Marshall!*, transmutada ahora en un arqueológico *¡Bienvenido, Herrn Himmler!* En efecto, con motivo de la visita del dirigente nazi Heinrich Himmler a Madrid, en octubre de 1940, Julio Martínez Santa-Olalla obtiene autorización para la rápida puesta en marcha de una excavación en el yacimiento visigodo de Castiltierra, con el objeto de que Himmler pueda contemplar *in situ* la exhumación de los restos de "sus antepasados" emigrados a España. La lluvia hace que todo resulte un fiasco, Himmler no aparece por Castiltierra y, como asegura Barradas -que acude con Santa-Olalla al evento-, la excavación se convierte en una mera "cavación" hecha deprisa y corriendo, sin el menor cuidado técnico.

37. Así, las cincuenta mil pesetas que recibe a finales de 1942 con motivo de la recepción del premio Francisco Franco de Humanidades desaparecen en pocas semanas, gastadas con una alegría y una liberalidad que resultan un tanto inconsecuentes desde la distancia.

38. Todas son cantidades anuales. En la misma anotación apunta cuánto tiempo dedica diariamente a cada institución: dos horas al Etnológico, una hora al MPE, media (?) a la universidad y absolutamente nada al Museo Municipal donde, ciertamente, no acude.

1941: 172). Es muy probable que con tales ingresos una familia obrera o incluso una de clase media madrileña pudiera vivir de manera más que desahogada; para Barradas y su familia, sin embargo, resultan absolutamente insuficientes³⁹.

La miseria económica, la desorganización y la inoperancia afectan, por supuesto, de manera intensísima a la ciencia, y más en concreto a las instituciones en las que Barradas desempeña su labor. El malestar que esto genera en nuestro protagonista es permanente, criticando con dureza a las nuevas autoridades: "Sólo quieren dar sensación de normalidad con las publicaciones"; [...] rojos, blancos y azules solo quieren ciencia por dos pesetas. La calidad es indiferente" (18 de octubre de 1940: 41-42); "La vida intelectual del Nuevo estado es peor que la bogotana. Es la Junta para Ampliación de Estudios empujueñecida y mezquina. Ciencia barata a mayor honra y gloria de los idiotas del nuevo régimen. Dan unas ganas locas de no hacer nada" (30 de diciembre de 1940: 169); "Lo que es imbécil totalmente es el Consejo [el CSIC], con su espíritu cedista y su organización institucionista" (3 de febrero de 1941: 15); el CSIC es como la JAE, "sin lo bueno que tenía ésta" (6 de julio de 1941: 14); "Lo más trágico es la falta de entusiasmo, la desorganización del Estado, la falta de fe en la política, el escepticismo" (27-28 de enero de 191: 4).

Veamos ahora lo que nos dice el diario acerca de la ideología política de Barradas. Es evidente y conocido que nuestro protagonista era un hombre de derechas, que despreciaba profundamente a la Segunda República y odiaba a los "rojos". Tras la guerra, tales sentimientos se exacerban, al menos sobre el papel. No sólo intenta evitar que esos "rojos" accedan, del modo que fuere, a las instituciones que dirige o donde trabaja, sino que la actitud de las nuevas autoridades le parece blanda; incluso llega a afirmar que hay demasiados "rojos disfrazados de camisa azul" (18 de septiembre de 1940: 5). Y cuando alguien le comenta que el nuevo régimen debería suavizar su actitud con respecto a los intelectuales más o menos vinculados con la izquierda, pues ya serían demasiados los huidos, Barradas se exalta y asegura haber respondido con el siguiente exabrupto: "Mejor aún si los hubiéramos fusilado, pues la responsabilidad y la traición de la inteligencia es inmensa y no tiene perdón" (4 de septiembre de 1939: 73).

De todas formas, pese a tan brutales comentarios, Barradas no es un fascista al uso. Es cierto que se propone ingresar en Falange (FET y de las JONS) en varias ocasiones, pero no por razones ideológicas, sino por una cuestión de mera conveniencia política y profesional. Lo intenta nada más regresar a Canarias en 1938, pero no es posible. Vuelve a la carga en Madrid, en junio de 1939, aunque es consciente de que no le va a resultar fácil. De hecho, anota en su diario que, en caso de tener alguna posibilidad, "como habría que actuar como definidor de la doctrina racista, no soy mirado como muy puro, pues podría resultar hereje" (12 de junio de 1939: 36). Un par de semanas después, cuando aún están en marcha las gestiones para su afiliación, fantasea con el poder que su nueva condición le habría de otorgar; y es que, admirándose de cómo el personal del Museo Antropológico está por completo sometido a sus órdenes, escribe en su diario: "[¿qué será] cuando vaya de falangista!" (7 de julio de 1939: 96). La euforia le dura poco, tres días después se esfuman todas sus esperanzas: "No hay boinas en Falange y para las camisas cola grande. Renuncio" (10 de julio de 1939: 98). Durante un

39. Su salida de los museos Municipal y del Pueblo Español supone un grave quebranto económico para Barradas, que deja de percibir las correspondientes gratificaciones. Afortunadamente, la gratificación – nunca sueldo – que recibe como director del IBS se incrementa de forma notable desde finales de los años 40. Así, si en 1942 ingresa cinco mil pesetas al año, en 1948 son ya doce mil y quince mil en 1950 (Museo de los Orígenes FD2005/1/665, 667 y 667).

tiempo se olvida de Falange, pero en diciembre de 1942, tras recibir de manos de Francisco Franco el premio homónimo, renace la exaltación en Barradas y el deseo de afiliarse nuevamente a Falange. Aunque no hemos localizado más información en su diario, no parece que lo consiga. Seguramente no era bien visto entre los camisas azules, y es muy probable que el propio Santa-Olalla hiciera todo lo posible para que su ya por entonces máximo enemigo personal tuviera las puertas cerradas a cal y canto en el partido único.

A pesar de su conservadurismo, de su aprecio por la obra de determinados antropólogos vinculados con el nazismo o el fascismo y de su teórico afán por desarrollar una antropología morfológica encaminada, durante los primeros años cuarenta, a la “mejora de la raza”, no se puede afirmar que Barradas fuera un antropólogo racista (aunque sí pueden serlo algunos de sus comentarios) y menos aún un amante del nazismo. He aquí algunas anotaciones sobre el nazismo recogidas en su diario: “Como final [de la Guerra mundial], la ruina de Europa y el dominio de los rojos o de los nazis, que son iguales en cuanto a brutalidad [...] ¡Adiós cultura [...]!” (23 de enero de 1942: 16); Alemania se merece lo que está sufriendo por la “locura nazi” (17 de febrero de 1942: 28); “En los regímenes totalitarios [también en España] [...] todo es propaganda, falsedad, truco” (3 de marzo de 1942: 37); “[hay que hacer saber a los] científicos germanófilos que *la Antropología racista ha perdido la guerra*. [...] Cuando la ciencia pasa al servicio de la política ha de sufrir las consecuencias de esto [...]” (4 de agosto de 1945: 40-41). Y tampoco tiene desperdicio este otro comentario, en este caso de alcance puramente doméstico: “¡Vaya libro imbécil la Política racial del Nuevo Estado de Vallejo Nájera! Este neurólogo es un idiota, aunque sea íntimo de Franco” (13 de mayo de 1941: 79). Por otra parte, aunque se nos muestra como un católico practicante, no siente un especial afecto ni por el nacionalcatolicismo ni por lo que considera una presencia agobiante de la Iglesia católica en la vida política del país. En algún momento hace mención a la “decadencia” del catolicismo y a “lo cerril que está el clero” (27-28 de enero de 1941: 8) y, haciendo balance de la vida universitaria durante 1944, asegura que es un auténtico desastre y que “todo son misas y festivales del SEU” (1 de enero de 1945: 4).

Pérez de Barradas *quiere* ser a un mismo tiempo bohemio y “hombre de acción”, aunque este tipo de hombre no se corresponde exactamente con el “hombre de acción” anti-intelectualista y brutal propio del nazismo o del fascismo italiano; de hecho, es un vividor, pero también un melómano y un lector empedernido, que envidia la vida y la obra de Goethe, quien sin renunciar a los placeres de la vida y del amor, incluso durante su ancianidad, se erige en auténtico patrimonio cultural vivo de la cultura alemana. Sin embargo, aunque asegura que “la vulgaridad de la vida burguesa [le] desespera” (1 de julio de 1945: 9) y aunque de forma reiterada anota en su diario que la vida le da asco y que no tiene ilusiones, lo cierto es que todos estos lamentos parecen ser más bien fruto de su neurastenia que de un deseo sincero de escapar de esa vida burguesa -rebosante de dificultades económicas, empero- en la que está inmerso y de marcharse a las selvas colombianas. Y es que, aunque también asegura en la misma anotación citada que no le interesa ni la política, ni convertirse en académico (de la Historia), ni entrar en el Opus Dei, la realidad es muy diferente. Es posible que hubiera

disfrutado viviendo "como un salvaje" en esas selvas, pero lo que no puede quitarse de la cabeza es el propósito de triunfar en su actividad profesional y de ser reconocido públicamente por el mundo académico y las autoridades de la nación, como lo fue Goethe, algo que por otra parte tampoco tiene nada de extraordinario. Su trauma es que, pese a alcanzar ciertas cuotas de poder en el mundo de la antropología, no consigue convertirse en un verdadero "intelectual del Régimen". Así, menos de un año después de la declaración antiburguesa reproducida, asegura que desea convertirse en académico de número de la Real Academia de la Historia, ocupando la vacante dejada por Obermaier, aunque reconoce que para lograrlo debería volver a dedicarse a la prehistoria y "conquistar el Museo Prehistórico Municipal" (25 de marzo de 1946: 38). Como el ayuntamiento de Madrid le niega la posibilidad del retorno, todas sus esperanzas de alcanzar la Academia se desvanecen, al menos por el momento.

En resumen, los años del diario a los que hemos tenido acceso nos muestran a un Pérez de Barradas frustrado por la mediocridad que le rodea y por sus propias limitaciones, sobre todo por no haber sido capaz de trasladar sus verdaderos intereses y gustos personales al plano de su actividad académica oficial; a un hombre autoritario, en ocasiones irascible e intransigente; a un lector impenitente y de amplio espectro, libre de cualquier atadura a la hora de seleccionar sus lecturas; a un hábil cazador de oportunidades que, sin embargo, ve cómo se le escapan sus más anheladas piezas; a un personaje de ideología netamente conservadora pero no a un fascista convencido; a alguien, en definitiva, marcado trágicamente por la guerra, pese a haber formado parte del bando vencedor.

BIBLIOGRAFÍA

- CARRERA HONTANA, E. y MARTÍN FLORES, A. (2002): "José Pérez de Barradas. Una biografía intelectual. 1897, Cádiz - 1981, Madrid". *Zona Arqueológica* 1. *Bifaces y elefantes. La investigación del Paleolítico Inferior en Madrid*: 109-147.
- GUÍA (1947): *Guía del Museo Etnológico*. Madrid: Consejo Superior Investigaciones Científicas, Instituto Bernardino de Sahagún.
- MEMORIA (1942): *Memoria de la Secretaría General. 1940-41*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1943): *Memoria de la Secretaría General. 1942*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MOURE ROMANILLO, A. (1996): "Hugo Obermaier, la institucionalización de las investigaciones y la integración de los estudios de prehistoria en la universidad española". En A. Moure Romanillo (ed.), *"El hombre fósil" 80 años después: volumen conmemorativo del 50 aniversario de la muerte de Hugo Obermaier*. Santander: Universidad de Cantabria, Fundación Marcelino Botín, Institute for Prehistoric Investigations, 17-50.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1941) *La familia*. Madrid: Manual número 1 del Museo Etnológico.
- (1946): *Manual de Antropología*. Madrid: Cultura Clásica y Moderna.
- (1949): "Antropología y Etnología", *Antropología y Etnología*, 1: 9-19.
- PUIG-SAMPER MULERO, M. A. (ed.) (2007): *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ROMERO DE TEJADA Y CAPITOSTE, P. (1992): *Un templo a la ciencia. Historia del Museo Nacional de Etnología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L. A. (1990): "La Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (1921-1951)", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLV: 61-87.
- (1992): "La antropología al servicio del Estado: El Instituto 'Bernardino de Sahagún' del CSIC (1941-1970)", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLVII: 29-44.
- (1994): "Antropología y Etnología". En C. Ortiz García y L. Á. Sánchez Gómez (ed.), *Diccionario histórico de la antropología española*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 80-82.
- (2001): "Etnología y prehistoria en la Universidad Complutense de Madrid: crónica de una desigual vinculación (1922-2000)", *Complutum*, 12: 249-272.
- VILLARIAS ROBLES, J.J.R. (1998): "La antropología americanista española y la identidad nacional: el debate entre Juan Comas y José Pérez de Barradas (1949-1953)". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LIII (1): 235-257.